CARMEN S. SARACHAGA / FEDERICO ROMERO
Y
GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

LA ROSA DEL AZAFRAN

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y SEIS CUADROS,
INSPIRADA EN UNA OBRA CLÁSICA

MÚSICA DEL MAESTRO
JACINTO GUERRERO

MADRID
IMPRENTA CIUDAD LINEAL.—TELÉFONO 50.018.
1930

LA ROSA DEL AZAFRÁN

CARMEN S. SARACHAGA
FEDERICO ROMERO
Y
GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

LA ROSA DEL AZAFRAN

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y SEIS CUADROS,
INSPIRADA EN UNA OBRA CLÁSICA

MÚSICA DEL MAESTRO

JACINTO GUERRERO

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ, EN EL TEATRO CALDERÓN
DE MADRID, EL 14 DE MARZO DE 1930.

MADRID
IMPRENTA CIUDAD LINEAL.—TELÉFONO 50.018.
1930

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA.

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
Sagrario	Srta. Herrero.
Catalina	Sra. Tellez.
La Custodia	» Galindo.
La Domínica	Srta. Méndez.
Lorenza	» Escrich.
Juan Pedro	Sr. Sagi Barba.
Don Generoso	» González (don Valentín).
Moniquito	» Cuevas.
Carracuca	» Alba.
Miguel	» Palomo.
Julián	» Pros.
Micael	» Carrasco.
Quilino	» Delgado.
Carmelo	» Pardiñas.
Francisco	» Larrica.
Un mendigo	» Ramírez.
Gañán 1.º	» Mantilla.
Gañán 2.º	» Fernández
El de la Guitarra	» Rueda.
Mozo 1.º	» Seva.
Mozo 2.º	» Rueda.
Chico 1.º	Niño Sanz.
Chico 2.º	» Torre.
Chico 3.º	» Navarro.

Mozas, mozos, gañanes y espigadoras.
La acción, en un lugar de la Mancha. Año 186.....

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Patio exterior de una casa de labradores acomodados. En primer término del lateral derecho, porche de entrada—desde la calle—en forma de arco, sin puertas, que se suponen en el fondo del porche. Sobre éste, una o dos ventanitas rectangulares y apaisadas, cerradas por una fina tela metálica. A continuación, cuerpo del edificio principal, que avanza, ocupando un tercio del patio. En la planta baja, presenta, frente al público, una ventana con reja y, en la pared perpendicular, una puerta trasera, con el umbral algo elevado del suelo. En el foro, enlaza con el anterior edificio un arco que une aquél con un porche calado, dentro del cual hay dos grandes tinajas de vino. Al través del arco y de las tinajas, se ve el patio de carros de la finca y, en él, galeras y carros de lanza. En el lateral izquierdo, puerta abierta de la cuadra, en primer término; a continuación, el brocal de un pozo y después la puertecilla de un pajar. En la planta alta de este lateral, ventanitas similares a las del derecho y, sobre la puerta del pajar, una piquera. Todos los elementos descritos en la planta baja son practicables.

Junto al pozo, un zaque abierto y unido a la soga, que cuelga de la polea. Por la escena están distribuídos discretamente algunos aperos y útiles de labranza, tales como un arado romano, una toza, capachos de esparto, mazo de madera y mantas. Algunos taburetes de madera y una o dos sillas bastas, con asiento de esparto trenzado.

Es de día.

(Criados, gañanes y pastores están celebrando la fiesta onomástica del amo, formando varios grupos. A la derecha, aparecen sentados Micael

(el mayoral de la casa) y Francisco (un viejo pastor) con dos o tres hombres de su misma edad. A la izquierda—sentados también, pero en el santo suelo—Quilino y Carmelo (gañanes). Rodeándoles, de pie, cuatro o cinco gañanes más. En el centro, hacia el fondo y alrededor de una mesita baja, Catalina y Lorenza (criadas) y dos o tres mozas más. Grupo de mozas y mozos labradores, de pie, rellenando los huecos del cuadro, por detrás de los grupos principales. Todos comen melones, sandías, garbanzos tostados, anises, mantecados de la tierra y pan. Beben «zurra» (vino blanco con agua y limón) en jarras que llenan en un gran lebrillo de barro cocido. Dos parejas están bailando seguidillas manchegas. Un gañán toca la guitarra.

MUSICA

CATALINA. Aunque soy de la Mancha
no mancho a nadie:
más de cuatro quisieran
tener mi sangre.
Y el estribillo:
que no hay chocolatera
sin molinillo.

(Cesa el baile, como es costumbre, al terminar la copla, y coincide con la salida de Custodia, mujer de unos cincuenta años, que saca una sartén de patas llena de chocolate.)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

CUSTODIA. Hermano Micael, ¿quiere usté chocolate?

MICAEL. Dáselo a los mocetes, que el chocolate no es de mi quinta. ¿Verdá tú, Francisco?

FRANCISCO. A nosotros, «zurra».

MICAEL. Y, si le quitaran el agua, mejor.

CUSTODIA. ¡Ea, pues tomar...!

(A los del grupo de la izquierda, dejándoles la sartén en el suelo.)

QUILINO. Y, ésto ¿se come con cuchara?

CUSTODIA. En no metiendo los hocicos, con lo que queráis.

(Unos, en efecto, extraen el chocolate de la sartén con una cuchara; otros cortan trozos de pan que pinchan con sus grandes navajas, mojando el pan en la sartén,)

CANTADO

JUAN PEDRO. *(Dentro, por el fondo.)*

Aunque soy forastero,
rondo en la villa.
No me digas, morena,
que es culpa mía.
¡Qué culpa tengo
de que me hayan herío
tus ojos negros!

HABLADO SOBRE LA MUSICA

CUSTODIA. Mira el ayudaor cómo se aplica.

LORENZA. Con su intención la canta.

CATALINA. Cállate ya.

LORENZA. ¿Es un secreto?

CUSTODIA. ¡Que se me haiga escapao a mí!

CARMELO. *(Al de la guitarra.)*
¡Pintarruecas! ¿Se le ha acabao la cuerda a la María Antonia?

QUILINO. Tiés razón. ¡Venga otra manchega!

EL DE LA GUITARRA ¡Allá va!
(Durante el rasgueo de la guitarra y, antes de empezar el baile, vuelve a oírse la voz de Juan Pedro.)

CANTADO

J. PEDRO. *(Dentro.)*
No le digas a nadie
que nos queremos,
porque todo se vuelven
chismes y cuentos.
Tú no lo dices
y el que quiera saberlo
que lo adivine.
(Empieza el baile otra vez.)

CATALINA. De qué me vale amigo
que yo me calle,
si tú lo vas diciendo
por toas partes.
Y, aunque callaras,
te lo conocerían
en la mirada.

TODOS. Desde Manzanaritos
a La Solana
hay una legüecita
de tierra llana.
No hay una yegua
que, en menos de dos horas,
se ande esa legua.

HABLADO

CUSTODIA. Y basta ya de bailoteo, galanes. Aliviar con el chocolate. Usté hermano Francisco,

tendrá que dirse con el hato. Vosotros,
(*A los gañanes.*)
a preparar lo vuestro pa la dimudación, que bien sé que este San Miguel sos vais a otra casa... por ganar más soldá, que más honra no podéis ganar en denguna. Y vosotras,
(*A las criadas.*)
a recogerlo tóo, que la Sagrario, vuestra ama, se hallará repisa de haberos dao tanta manga ancha.

MICAEL. Y a ti, so licenciá, que no eres más que una licenciá, ¿quién te ha dao el báculo y la mitra pa que mandes aquí como un cabo melitar?

CUSTODIA. Pues, mira tú: mi apego a la casa, que aquí
(*El pecho.*)
se ha alimentao la Sagrario más de decinueve meses y ya sabe usté que en esta casa no se hace matanza, ni cochura, ni fiesta, ni duelo sin que venga a dirigirlo tóo la Custodia.

FRANCISCO. Ni en esta casa ni en denguna. Donde no te llaman pa que fregues, te avisan pa que des friegas.

CATALINA. Ese es su fuerte: la medecina.

(*Por la derecha entra Carracuca, tipo de gañán o pastor, con abarcas y montera de piel.*)

CARRACUCA. ¿Anda por aquí la hermana Custodia?

MICAEL. Ahí la tiés, hombre.

CARRACCUA. Hermana Custodia, acérquese usté por mi casa, que a la Gertrudis la ha güelto a dar el histérico. Y güenas tardes.

CUSTODIA. ¿Pues no te habías apañao con Moniquito?

CARRACUCA. Y sí que había mejorao la Gertrudis, desde que Moniquito nos llevó a San Roque; pero esta tarde se ha liao a patás con

tóos nosotros y, si Moniquito no se lleva a San Roque, no sé lo que hubiera pasao.

CATALINA. Hay que ver lo que está sufriendo la pobre

CARRACUCA. Ande usté, hermana Custodia. Que si me se muere la Gertrudis, ¿qué hago yo con cinco creaturas?

CUSTODIA. Allá voy, hombre. No debía dir, porque me has abandonao el tratamiento.

CARRACUCA. Es que... Yo por lo de las cataplasmas de merengue había pasao, y tampoco le puse reparos a las friegas de vino con sesos de burraca; pero se pone usté a recetar baños de inmersión y me ha dicho el boticario que eso hay que encargarlo a Madrí.

(*Aparece por la derecha Moniquito, joven santero de la ermita de San Roque. Trae al costado izquierdo una urna con un San Roque.*)

MONIQUITO. ¡Ea, buenas tardes! ¿Ya estás aquí, Carracuca?

CARRACUCA. Y ¿qué le voy a hacer, Moniquito? Si me se muere la Gertrudis es un desavío. Y como San Roque se ha declarao incompetente...

MONIQUITO. ¿Qué has dicho, ateo? ¡Gracias a que, drento de la urnia, no te oye; pero, si le abriera el postigo, te echaba el perro.

CATALINA. Y ¿de verdá San Roque es milagroso?

MONIQUITO. Que si es...

CUSTODIA. Que lo diga la Gertrudis.

CATALINA. ¡Pobrecilla!

MONIQUITO. ¡Menudo milagro ha hecho esta mesma tarde!

CARRACUCA. ¿Después de dirme yo?

MONIQUITO. ¡Antes! ¿Tú no has visto que no hice más que entrar en tu casa y me lo llevé? Pues es que el santo, así que vido a la Gertrudis con el ataque, me guiñó un ojo, como di-

ciéndome: ¡Amonos de aquí, que la mato! Y tiés mujer entavía, porque nos hemos dío.

CARRACUCA. Hermana Custodia, amos pa allá, que, aunque éste dice que tengo mujer, lo que tenía hace un rato era una devanadera con patas.

CUSTODIA. Amos... Yo me creo que, en çuanto le pongamos unas compresas de aceite de alvellanas...

MONIQUITO. Yo que usté le pondría una cincha.

CUSTODIA. ¿Qué sabes tú, sancristán? Ahí sos quedáis.

CARRACUCA. ¡Adiós!

(*Mutis por la derecha de Custodia y Carracuca.*)

MONIQUITO. Y ¿qué es lo que se celebra?

CATALINA. El santo del amo.

MONIQUITO. ¡Sobar! Tiés razón.

CATALINA. ¿Quiés un vaso?

MONIQUITO. ¿Un vaso o un beso?

CATALINA. A elegir.

MONIQUITO. El vaso pa'l hermano Micael que es mu refrescaor.

CATALINA. Pues el beso que te lo dé el hermano Francisco.

MONIQUITO. Mira que eres adusta, Catalinilla. Con las veces que te he dicho que te quiero, que te adoro y que te amo.

CATALINA. Pero ¿qué voy a hacer yo con un hombre tan filomeno?

MONIQUITO. Pué que no te faltara qué hacer.

LORENZA. Pues, con ésta, no ligas como no haga San Roque un milagro.

MICAEL. Pero si creo que ni siquiera es San Roque, que a mí me han dicho que lo cogiste de un nacimiento y representaba un pastor de Belén

MONIQUITO. (*Exhibiendo al santo.*) ¿Tié cara de pastor este santo? Si talmente paece un general.

FRANCISCO. ¿Y el perro? ¿No paece una cabra?

MONIQUITO. Al perro no le falta más que ladrar pa ser una presona.

(*Dentro, por la derecha, se oyen voces infantiles, unísonas.*)

VOCES. ¡Un, dos, un, dos, un, dos...!

D. GENER. (*Dentro.*)
¡Alto! ¡Al...!

MONIQUITO. ¿Qué te paece?

CATALINA. Don Generoso con el ejército carlista.

D. GENER. (*Dentro.*)
¡Soldados de la lealtad! No olvidéis vuestro lema: patria y religión. ¡Muera Espartero!

VOCES. ¡Muera!

D GENER. ¡Marchen! ¡Mar...!

VOCES. (*Alejándose.*)
¡Un, dos, un, dos...!

MONIQUITO. A ese si que no lo cura la Custodia.

LORENZA. Ni San Roque.

MONIQUITO. San Roque tal vez.

CATALINA. ¡Lástima da de verle tan loco!

MONIQUITO. Pa él la guerra carlista no se ha acabao.

CATALINA. Ni sus dineros, que tós se le fueron en levantar partidas...

MICAEL. De su probeza viene su locura, que cuando él era el amo de esta casa, que mal vendió a la madre de nuestros amos, era bien razonaor y bien razonable.

QUILINO. Usté entró de zagal en sus tiempos.

MICAEL. Zagal mayor era en la casa cuando un día nos juntó a tós—ya más loco que un torbellino—y nos dijo: «Me mudo a vivir a la casilla de la plaza del Arcipreste. Aquí queda la Juana»—la madre de Sagrario y de Miguel—«al cuidao de mi hacienda». Y era que toa la había vendío, en pago de empeños que no podía levantar.

MONIQUITO. ¡Sobar! Y así le sigue llamando «su casa» y aquí se lo consienten.

(*Sale de la casa Sagrario.*)

SAGRARIO. Y el que no obedeciera a Don Generoso, en lo que sea de razón, como si la casa fuera todavía suya, hágase cuenta de que a mí o a mi hermano nos desobedecen. ¡Pobre loco!

MONIQUITO. Buenas tardes, Sagrario.

SAGRARIO. Buenas tardes. Y a tiempo llegas, Moniquito. Tú, que tienes entrada libre en todas partes, deja esta onza en casa de Don Generoso, sin que él te vea.

MONIQUITO. Se la pondré al pie de San Roque pa desimular.

MICAEL. Y pa que se piense que es un milagro.

MONIQUITO. A ver si creéis que el santo necesita que le cuelguen milagritos ajenos. ¡Con la plétora que tenemos en casa! ¡Descreído!
(*Avanzando hacia la puerta.*)
¡Israelita! ¡¡Sardanápalo!!

(*Mutis por la derecha. De la casa sale Miguel, el hermano de Sagrario.*)

MIGUEL. Va siendo la hora de concluir el agasajo. ¿Y Juan Pedro?

MICAEL. Trajinando por ahí.

CATALINA. ¿Voy a llamarle?

MIGUEL. No.
(*A Quilino y Carmelo.*)
Aquí tenéis el dinero que os resta del año.

QUILINO. Tóo está a la orden del día.

CARMELO. Y, si nos vamos de la casa no es por ná, sino que uno...

MIGUEL. Ya lo comprendo. En esta casa dejáis un amigo pa cuanto os sea menester.

SAGRARIO. Y mi hermano no es de los que hablan por hablar.

MICAEL. Aquí estan los gañanes nuevos.

CATALINA. Y aquí viene Juan Pedro.

(*Por la derecha, entran dos gaña-*

nes. Por la primera izquierda aparece Juan Pedro.)

GAÑAN 1.º Buenas tardes, mayoral.
GAÑAN 2.º Buenas tardes.
MICAEL. Ahí teneis a los amos.
SAGRARIO Bien venidos seáis a nuestra casa y que os apliquéis es lo que conviene.
GAÑAN 1.º Ea...
GAÑAN 2.º Ea...
MIGUEL. Lo que os he de decir, ya lo dijo mi hermana; a medias llevamos el caudal, pero voluntad no hay más que una. ¡Juan Pedro!
J. PEDRO. Mándeme el amo.
MIGUEL. Mañana principiaréis la simienza.
J. PEDRO. Todo está preparao.
MICAEL. Y así estás tú de contento, que no paece sino que naciste pa sembraor.
J. PEDRO. Así es, mayoral.
SAGRARIO. Así sea.

MUSICA

JUAN PEDRO. Cuando siembro voy cantando
porque pienso que, al cantar,
con el trigo, voy sembrando
mis amores al azar.
No hay empresa más gallarda
que el afán del sembrador.
¡Por sembrar en tierra parda,
soy a gusto labrador!
Pisan mis abarcas la llanura,
raya el firmamento mi montera,
porque al sembrador se le figura
que es el creador de la panera.
Y el grano arrojo
con tanto brío
que me parece

que el mundo es mío...
¡ah!
Sembrador
que has puesto en la besana
tu amor:
la espiga de mañana
será tu recompensa
mejor.
Dale al viento
el trigo y el acento
de tu primer lamento
de amor...
Y aguarda el porvenir,
sembrador.

TODOS. No hay empresa más gallarda
que el afán del sembrador.
Por sembrar en tierra parda
¡quién no fuera labrador!

JUAN PEDRO. Vuela la simiente de mi puño,
cae sobre la tierra removida,
siente la caricia del terruño
y abre sus entrañas a la vida.
Y al sol de mayo,
que es un tesoro,
millares brillan
de lanzas de oro.

—

TODOS. Sembrador
que has puesto en la besana
tu amor:
la espiga de mañana
será tu recompensa
mejor.

JUAN PEDRO. Dale al viento
el trigo y el acento
de tu primer lamento
de amor...
¡Y aguarda el porvenir,
sembrador!

HABLADO

MICAEL. Ven que te abrace, galán, que así sientes tú la afición a la tierra como yo mesmo en mis años mozos. ¡Paece mentira que seas forastero! ¿Tu padre era también gañán?

J. PEDRO. Mi padre, hermano Micael...
(Con emoción).
no lo he conocido.

SAGRARIO. Al avío, muchachos.

FRANCISCO. Y ca cual al suyo. Que muchos años disfrutemos este agasajo y tós con salud.

MIGUEL. Muchas gracias, hermano Francisco.
(A los gañanes nuevos.)
Vosotros venid. Mayoral, sacaremos la simiente. Y a vosotros...
(A Quilino y Carmelo.)
lo dicho.

QUILINO. Ahí se quedan ustés.

CARMELO. De aquí a luego.

(Hacen mutis. Miguel, Juan Pedro, Micael, Gañanes 1.° y 2.° y dos o tres gañanes más, por el fondo; algunas mujeres por la casa, Francisco y los demás por la derecha, quedando en escena Sagrario, Catalina, y Lorenza recogiendo los cacharros y restos de la merienda.)

SAGRARIO. Muy bien ha explicado Juan Pedro lo de la simienza,

CATALINA. Tié muchas letras y mucho corazón a lo que se ve.

LORENZA. Y no será porque se le ponían pocos reparos; que si admitir a un forastero, que nadie sabe quien es, que unos dicen que viene de Alcázar, que otros cuentan que del Lugar Nuevo...

SAGRARIO. Ni mi hermano ni yo hacemos caso de habladurías, cuando la gente es honrá y trabajaora.

LORENZA. Ahora viene aquello como nube de mayo.

SAGRARIO. ¿El qué es aquello?

CATALINA. Que le quiero pedir a usté licencia pa dir los sábados a mi casa pa platicar con él.

SAGRARIO. ¿Con él?

LORENZA. Con Juan Pedro.

SAGRARIO. ¿Cuando te has hecho novia con Juan Pedro?

CATALINA. Entodavía no hemos platicao... ayer me pidió y, si el ama es gustosa de que platiquemos, le daré el sí.

LORENZA. El ama ¿qué ha de pensar sino que mejor hombre no puedes pedir? Ella es moza soltera y entiende de estas cosas más que tú.

SAGRARIO. Si te entraras todo eso a la casa...

LORENZA. Pa que me calle es.

(Mutis a la casa con algunos cacharros.)

CATALINA. ¡Y que no es licenciá la Lorenza!

SAGRARIO. Oye, Catalinilla...

CATALINA. ¿Qué dice usté?

SAGRARIO. El ama es gustosa de que platiques con Juan Pedro o con quien tú quieras. Y, si bien se mira, con Juan Pedro mejor que con otro, que es un hombre formal, hacendoso, despierto, callao, leal, valiente pa'l trabajo, fino en la palabra... y guapo de verdá...

CATALINA. Tó eso me he pensao yo; pero pa mis adentros... El ama lo explica muy bien.

SAGRARIO. Desde el sábado podéis platicar; pero desde esta tarde él saldrá de la casa.

CATALINA. ¿De la..?

SAGRARIO. Sí, Catalina. Ya sabes que no está bien mirao en el pueblo que dos novios duerman en la misma casa.

CATALINA. Pero Juan Pedro es el alma de la labor.
SAGRARIO. Bien te pruebo que eres algo pa mí cuando prescindo de él y de ti no.
CATALINA. Me sabe mal que salga de la casa sin haberle avisao pa la Virgen de Agosto.
SAGRARIO. Pero ¿es que quieres irte tú?
CATALINA. Al fin y a la postre una criá se muda a cualquier hora. Un gañán, no.
SAGRARIO. Déjale que se vaya, Catalina.
CATALINA. Pero el amo Miguel ¿qué dirá?
SAGRARIO. A mi hermano yo se lo explicaré como a ti.

(Entra en la casa con algún objeto de los que recoge.)

CATALINA. No lo entiendo... Pero, bien mirao, el ama me da una prueba de aprecio.

MONIQUITO. *(Entrando por la derecha.)*
«Me estoy poniendo, niña,
como un membrillo,
de tanto como peno
por tu cariño.»
CATALINA. «Cuando madures,
que te cuezan, te pelen
y te hagan dulce.»
MONIQUITO. ¡Vaya una voluntá que me tiés! ¡Con lo que yo me sueño contigo por las noches...!
CATALINA. «Despierta, compañero,
porque es de día
y ya están los gañanes
haciendo migas.»
MONIQUITO. Lo que yo digo
es que ¡a ver cuando juntos
hacemos pisto!

SAGRARIO. *(Saliendo de la casa)*
Moniquito: ¿cumpliste mi encargo?
MONIQUITO. ¡Vaya! En la cómoda le he dejao el santo,

con la onza de oro al pie, entre un cepillo, una canasta, una cantimplora y un pito. Lo cual que al santo no le ha hecho mucha gracia el mueble, tan aglomerao, y me miraba como diciéndome: «Y a esta tarimita ¿por qué le llaman cómoda?»

CATALINA. «Y cuando don Generoso se encuentra allí el dinero ¿qué es lo que piensa?»

SAGRARIO. No lo sé. Pero ¡me da tanta lástima que un señor tan señor viva tan pobremente y tan en otro mundo...!

CATALINA. Con los caudales que ha derrochao.

MONIQUITO. Por tirar ha tirao hasta el fósforo y así tié el celebro tan oscurecido.

(*Aparece don Generoso por la derecha. Es un señor de más de sesenta años, pálido, enjuto, espiritual. Su cara ofrece aspecto de viejo militar. Viste humildes ropas señoriles y se toca con un gorro cuartelero de jefe de ejército. En una mano trae una cayada de madera blanca y tosca.*)

D. GENER. ¡Dios me dé vida, amigos, para ver las mudanzas grandes que se anuncian! Caerán al fin los enemigos de la legitimidad y España será un vergel de gracias... Dame albricias, Sagrario, que no poca parte he de tener en ese porvenir de rosa.
(*Acercándose a Sagrario, confidencialmente.*)
Me ha escrito Cabrera... ¡Chist!

MONIQUITO. (*Aparte a Catalina.*)
No te lo creas tú.

CATALINA. Si no lo he oído.

MONIQUITO. Pero, por si acaso, no te lo creas.

D. GENER. Quiero que la proclamación del rey legítimo se celebre en mi casa, como corresponde, y he mandado venir albañiles.

MONIQUITO. ¡Sobar...!

D. GENER. Aquel arco va al suelo, la bodega también se derruye, a la casa le quito esta nariz y aquí levantaré una plaza de toros donde se lidien cada mes vaquillas bravas.

SAGRARIO. Pero todo eso le va a costar muchos miles de reales.

CATALINA. O de duros más bien.

D. GENER. ¿Qué os importa a vosotros lo que cueste si no lo háis de pagar? Mi cosecha ha sido hogaño espléndida, esas trojes rebosan el grano, cien tinteros de aceite quedan por vender y la paja que almacenamos no se la comería en un lustro toda la caballería de la usurpadora. ¡Lástima que mi unigénito no pueda compartir mi gloria!

SAGRARIO. ¿No viene usted a tomar algún dulce?

D. GENER. Ya comprendo, mi buena Sagrario, que quieres distraer mi dolor. ¡Hijo de mi sangre! ¡¡Me lo robó ese lobo traidor de Espartero, estigma de la Mancha!!

CATALINA. (*A Moniquito.*)
Eso del hijo ¿que es?

MONIQUITO. (*A Catalina.*)
Otra manía suya, porque es solterón de nacimiento.

(*Salen, por el fondo, Miguel y Juan Pedro.*)

MIGUEL. ¡Don Generoso!

D. GENER. Ven con Dios, Miguel, espejo de colonos honrados y de leales administradores. Si algún día me muero, que no sé que decirte, porque siento en mí algo de inmortal, Sagrario y tú heredaréis mi hacienda, ya que Dios ha dispuesto del que debiera ser dueño de este caudal.

MONIQUITO. Y la plaza de toros ¿a quién se la deja?

D. GENER. A quien me asegure que no entrarán

en ella, a peso de oro, ni don Andrés, el maestro, ni don Jeremías, el párroco, ¡dos sanguijuelas isabelinas, que son liberales por lo que chupan!

(*Catalina se acerca a Juan Pedro y, al verlos juntos Sagrario, da muestras de inquietud.*)

MONIQUITO. Pa eso cuente usté conmigo.

MIGUEL. ¿Nos tomamos un vaso de mistela?

D. GENER. Ya me recuerdas que no te felicité por tu santo. Mi intención me salva, porque he aquí mi presente.

(*Ofreciéndole la cayada.*)

Este bastón, sobre ser de ébano fino y llevar este arillo de oro y estas incrustaciones de brillantes...

MONIQUITO. (*Aparte.*)

¡Cómo está el pobre!

D. GENER. ...es un glorioso recuerdo de Zumalacárregui, del que me hizo manda en su testamento.

MONIQUITO. ¿Zumbala... qué?

D. GENER. ¡Zumalacárregui!

MONIQUITO. ¡Vaya una palabreja pa cuando te pisan un callo!

MIGUEL. Le estimo su presente como lo que es.

D. GENER. Y ¡vaya por la mistela!

(*Medio mutis con Miguel hacia la casa. Por la derecha, asoma un mendigo.*)

MENDIGO. Hermanos, una limosnica, que voy de camino a pie, por el amor de Dios.

MIGUEL. Él te socorra, hermano.

SAGRARIO. Venga el viernes.

D. GENER. ¿Eh?

MENDIGO. Apiádese de mí el caballero.

SAGRARIO. Venga el viernes, le digo.

MENDIGO. Todo sea por Dios.
(Medio mutis.)

D. GENER. Hermano...
(Vuelve el mendigo.)
¡Tome!
(Le da una moneda.)

MENDIGO. ¡Bendito sea Dios! ¡Si es una onza!

MIGUEL. ¿Una onza?

SAGRARIO. ¡Don Generoso!

MONIQUITO. *(Sacudiéndose los dedos.)*
¡Zumbalacárregui!

MENDIGO. ¡Que el Señor se lo aumente y le dé su gloria y salú pa vivir muchos años y...!

D. GENER. Déjese de letanías y grite conmigo: ¡Muera Espartero!

MONIQUITO. ¡Muera!

MENDIGO. *(Se santigua con la moneda, la besa y hace mutis.)*
¡Alabado sea Dios!

CATALINA. *(A Juan Pedro.)*
¡La única que tenía!

J. PEDRO. ¡Pobre viejo!
(Sagrario y Miguel van a interrogar a don Generoso y él los detiene con un gesto.)

MIGUEL. Pero, don Generoso...

D. GENER. He cumplido con mi deber.
¡Vamos!

(Mutis con Miguel por la casa.)

MONIQUITO. *(A Sagrario.)*
Y yo le pregunto a usté: ¿qué va a cenar esta noche don Generoso?

SAGRARIO. Lo que se merque con estos cuarenta reales que ahora mismo vas a ponerle al pie de San Roque.
(Dándole una moneda.)

MONIQUITO. ¡Ca! Con este dinero le pongo dos libras de carne, dos de patatas, una de aceite,

tres onzas de sal y una docena de bizcochos...
(Aparte. Al mutis.)
Y me sobran veinticinco reales. ¡Muera Espartero!

(Se va por la derecha.)

SAGRARIO. ¿Qué haces ahí ya, Catalina?
CATALINA. Recogiendo.
SAGRARIO. Pues recógete tú también.
CATALINA. Al contao.

(Mutis por el arco del fondo.)

SAGRARIO. *(A Juan Pedro, que marca el mutis hácia la izquierda.)*
¡Juan Pedro...!
J. PEDRO. Mande.
(Volviendo.)
SAGRARIO. Ya sé la novedá.
J. PEDRO. ¿Cuál novedá, mi ama?
SAGRARIO. Que has pedío a la Catalinilla y, a lo que parece, pa buen resultao.
J. PEDRO. Si ella lo dice... A mí no me ha contestao todavía. El domingo la pedí; mil reales la llevé en señal... y eso es todo.
SAGRARIO. Ya te digo que el resultao es que sí.
J. PEDRO. Mejor.
SAGRARIO. Es buena muchacha la Catalina y así te haga feliz como yo lo deseo. Ahora que... como forastero, no sé si sabrás la costumbre... Juntos en la casa no podéis estar... Así que, recoge tus cosas... y ya que hoy mismo es San Miguel, hoy mismo te vas.
J. PEDRO. *(Después de una pausa.)*
Si es esa la costumbre...
SAGRARIO. Eso no quita pa que se te guarde estimación y se sienta de verdá este lance. Mozo no ibas a estar toa la vida. Te has fijao en

esa como te podías haber fijao en otra. Es de tu clase y bien escogía está.

J. PEDRO. Eso mismo me he pensao yo...

SAGRARIO. Te voy a hacer una pregunta, Juan Pedro.

J. PEDRO. Si yo sé contestar...

SAGRARIO. ¿Cómo explicáis los hombres el cariño?

J. PEDRO. Que no lo sabrá el ama...

SAGRARIO. ¿Tú no sabes que nunca he sido novia?

J. PEDRO. ¿No lo he de saber? En los pueblos se comenta todo. «No hay en la villa hombre pa'l ama Sagrario.»

SAGRARIO. ¡Es tan orgullosa!

J. PEDRO. Así lo dicen, es la verdá.

SAGRARIO. ¡Es tan orgullosa, que nunca ha escuchao de los hombres una palabra de cariño! Por eso te decía: Juan Pedro: ¿cómo lo explicáis vosotros? Dímelo.

MUSICA

J. PEDRO. Ama;
lo que usté me pide
es muy fácil de sentir
y es difícil de explicar.

SAGRARIO. Creo
que sentir amores
es lo mismo que aprender
nuevos modos de cantar.

J. PEDRO. ¡Mejor lo explica el ama
de lo que yo sabría!

SAGRARIO. Oírlo de tus labios
quisiera todavía.

J. PEDRO. Reirse quiere el ama
del rústico gañán.

SAGRARIO. *(Aparte.)*
¡Quién sabe si al oirte
mis ojos llorarán!
(A Juan Pedro.)
Dime,

dime qué palabras
canta el hombre a la mujer
cuando le habla con amor.

J. PEDRO. Temo
que la desengañen...

SAGRARIO. Si tú quieres de verdad,
has de ser buen cantador.

—

J. PEDRO. Manchega, flor y gala
de la llanura
manchega:
te quiero por tus ojos
y por tu boca
te quiero.
Tus ojos son alegres
como cantares
de siega.
Tus labios son tan dulces
como la miel
del romero.

—

SAGRARIO. (*Aparte.*)
Bien dicen del cariño
que todo lo hermosea
y que la hermosa envidia
la suerte de la fea.
(*A Juan Pedro.*)
Comprendo al escucharte
que quieres de verdá...
y que ella esté orgullosa
de su felicidá.
(*Recitado.*)
¡Juan Pedro...!
¿Me lo quieres repetir?

J. PEDRO. La de usté es mi voluntá.
«Manchega, flor y gala
de la llanura
manchega...»

SAGRARIO. ¡Déjame seguir...!

«Te quiero por tus ojos
y por tu boca
te quiero...»

J. PEDRO. ¡Bien se lo aprendió!

SAGRARIO. «Tus ojos son alegres
como cantares
de siega...»

J. PEDRO. *(Cogiéndole las manos.)*
«¡Tus labios son tan dulces
como la miel
del romero!»
(Sagrario se aparta.)

SAGRARIO:

No sé qué penas
me están matando,
no sé qué duelos...
¡Parecen fogaradas
de celos!

JUAN PEDRO:

Bésame, niña,
con esos labios
dulces y rojos,
mientras me están mirando
tus ojos.

(Mutis de Sagrario por la casa.)

HABLADO

J. PEDRO. *(Que la ha seguido por un impulso irrefrenable, deteniéndose en la puerta.)* ¿Dónde vas, tonto?

CATALINA. *(Saliendo por el fondo.)* ¡Juan Pedro!

J. PEDRO. ¡Qué!

CATALINA. No es menester aguardar al domingo pa darte la respuesta que quieres. Mucho agradezco tu voluntá de pedirme y...

J. PEDRO. ¡Acaba!

CATALINA. ¿Tanta prisa te corre el sí?

J. PEDRO. O el no.
(Confiado.)

CATALINA. Pues... no.

J. PEDRO. ¿No?

CATALINA. No.

J. PEDRO. Me has engañao, mujer. Hasta creí que tenías permiso del ama pa platicar, porque me ha despedío ella misma.

CATALINA. Ya lo he oído, hombre. ¿No ves que se clarean las tenajas?

(Señalando las del foro.)

Aunque espesa y rústica, una no se chupa el dedo, más que cuando se pincha con una aguja. ¿Estamos?

J. PEDRO. El diablo que te entienda, Catalina.

CATALINA. No pienso ser más clara, que a gusto estoy con los amos y me tiran muy poco la vendimia y la escarda.

J. PEDRO. Está bien, mujer.

CATALINA. No te creas que me quedo soltera, que no me faltan hombres con buenos ojos... ni ganas pa recibirlos con los brazos abiertos; lo cual es un decir, pero ya me entiendes. ¡Verás en cuanto se entere Moniquito! ¡Y que Moniquito no es de los que tién dos caras, que si tuviera dos, no llevaría tos los días la mesma! ¡Adiós!

J. PEDRO. ¡Adiós!...

(Medio mutis, ella a la casa y él a la izquierda.)

CATALINA. Y tocante a los mil reales que me diste...

J. PEDRO. Vengan.

CATALINA. ¿Vengan? ¡Ay, hijo! Lo dao por lo platicao.

(Mutis.)

J. PEDRO. ¡Bueno! ¡Qué más me da! Pero... ¿será posible, Juan Pedro?

(Mutis por la izquierda.)

MONIQUITO. (*Asomando la cabeza por la derecha.*)
¡Pa que luego no crean en San Roque!
(*Avanza. Al costado izquierdo trae una garrafa o cantimplora.*)
¿Qué se pone por medio entre yo y la Catalinilla? ¡Juan Pedro, que es el mejor gañán de la villa y, como ayudaor, gana doscientos reales más que un zagal...! ¡Un partido con toa la barba! Pues no hace más que llegar San Roque ahí a la portá y...
(*Silba.*)
Juan Pedro a la luna... ¡Eso sí que es un milagro grande!
(*Cogiendo la cantimplora con las dos manos y alzándola.*)
¡Viva San Ro...! ¡Zumbalacárregui! ¡Si me he traído la cantimplora!
(*La baja.*)

CUSTODIA. (*Entrando por la derecha.*)
¿Qué haces ahí, milagrero?

MONIQUITO. ¡Girnasia!
(*Repitiendo el juego.*)

CUSTODIA. La mujer de Carracuca... convaleciente.

MONIQUITO. Si ¿eh? Pues lo de la Catalinilla... arreglao.

CUSTODIA. ¡Vaya una noticia! ¡Que Juan Pedro la ha pedío...!

MONIQUITO. Sí; la ha pedío los mil reales; pero no se los ha dao.

CUSTODIA. No me quiero enritar discutiendo, porque tengo a la Meteria de parto, y aluego, si estoy niervosa, no atino.

MONIQUITO. Ahí sí que no le hago competencia... Y, además, a San Roque me lo he dejao en cá don Generoso, pa ver si se le borra alguna de sus manías. Hoy está.., que espeluzna. Le ha dao por decir que tié un hijo y que Espartero se lo ha robao.

CUSTODIA. ¡El Evangelio!

MONIQUITO. Amos, hermana Custodia.

CUSTODIA. Lo de Espartero, calunia; pero lo del hijo... Mira: me da mucha rabia que cuatro esnarigaos como tú sos riais de ese caballero, y te voy a contar lo que hay pa que le tengas lástima y le ayudes a conllevar su desgracia... Yo ná he dicho nunca, porque me creí que él no lo recordaba en su locura; pero, si él mesmo lo dice ¡que no se ría naide de ese dicho, porque es más verdá que la dotrina!

MONIQUITO. ¡Sobar! Explique usté esa aleluya.

CUSTODIA. Don Generoso, rico y soltero, tuvo unos amoríos con una moza, que ahora ya va pa los cincuenta y está mu bien casá.

MONIQUITO. La Pepa del Espabilao.

CUSTODIA. Se dice el pecao, sin mentar al pecaor.

MONIQUITO. Como al Espabilao le meto yo toa la monea falsa que me cae...

CUSTODIA. Güeno, pues no es esa. Yo mesma llevé en estos brazos a lo que nació camino de Ziudá Real, una noche de octubre...

MONIQUITO. ¿A la casa cuna?

CUSTODIA. No, que iba a ser al batallón de Melicianos.

MONIQUITO. ¡Adelante!

CUSTODIA. Cuando pasó el tiempo y don Generoso, arruinao, quiso dirse por esos mundos y ampararse en ese cariño, fué lo primero a la casa cuna... ¡El chico había muerto!

MONIQUITO. (*Tragicómico.*)
¡¡Ah!!

CUSTODIA. De Zuidá Real volvió ya loco... y loco está pa siempre.

(*Salen por el fondo Micael, Carmelo y Quilino.*)

MICAEL. ¡Aguardar!
(*Llamando a la puerta.*)
¿Está por ahí el amo o el ama?

MONIQUITO. ¡Ea! ¿Ya os vais?
CUSTODIA. Así parece.

MIGUEL. (*Saliendo.*)
Micael, hay una novedá: Juan Pedro se marcha también.
MICAEL. ¿Juan Pedro?
CUSTODIA. ¿Qué dices?
MONIQUITO. (*A la Custodia.*)
¡El Evangelio!
MIGUEL. Cállate tú.
MICAEL. ¿Y se va...?
MIGUEL. Por causa de que se hace novio con la Catalinilla...
MONIQUITO. (*Aparte a Custodia.*)
Lo del noviazgo, calunia.
MICAEL. ¡Ea! Siendo así... Pero no encontraremos otro como él.

SAGRARIO. (*Saliendo.*)
Lo buscaremos, mayoral.
MICAEL. ¡Ea!...

(*Sale Juan Pedro por la izquierda.*)

MIGUEL. Ya me ha dicho mi hermana la novedá... Sean todos testigos de que no sales, aunque de repente, por ná deshonroso. Aquí dejas una casa de amigos... y ésta es mi mano.
J. PEDRO. A mí también me hace duelo el dejarla... Y, por lo que toca al motivo, sepan ustés que esa moza y yo... antes de comenzar, hemos terminao.
MONIQUITO. (*Aparte a Custodia.*)
San Roque que me lo había dicho.
MIGUEL. Si es así...
J. PEDRO. Así es.
SAGRARIO. Sin embargo... ¡véte!
J. PEDRO. Adiós, pues. Vamos, amigos.
(*A Carmelo y Quilino.*)

QUILINO Ahí se quean ustés.
CARMELO. Con Dios.

(*Salen por la derecha Juan Pedro, Quilino y Carmelo.*)

MIGUEL. ¡Sagrario!
SAGRARIO. Eso de terminar es una componenda. Por no perder la casa ninguno.
MONIQUITO. ¿Qué? ¡Me voy a descambiar la cantimplora!

(*Mutis rápido por la derecha.*)

MIGUEL. De esas cosas, las mujeres sabéis más que uno. Vamos a pensar lo que hacemos.

(*Se van Miguel y Micael por el fondo.*)

SAGRARIO. Custodia, pasa adentro. ¿Entiendes tú también de males del alma?

J. PEDRO. (*Cantando, lejos.*)

Dale al viento
tu trigo y el acento
de tu primer lamento
de amor...
¡Y aguarda el porvenir,
sembrador!

(*Las dos mujeres se han quedado oyendo el canto.*)

CUSTODIA. De éste, pué que sí entienda, Sagrario.

(TELÓN Y MUTACIÓN)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto, en el que se ve, a la izquierda, una casita blanca, de un solo piso, con puerta practicable; en el centro, una calle, en cuyo fondo aparece una plazuela, con la iglesia parroquial elevando al cielo su esbelta torre exagonal, cubierta por un capitel de pizarra; a la derecha, casa de dos pisos, humilde como la primera y enjalbegada como aquélla. Las dos casitas son practicables. Es de noche y hay luna clara. Nadie en escena.

MUSICA

UN PASTOR. (*Dentro por la derecha.*)

Como soy, nena mía,
pastor de ovejas,
por las noches platico
con las estrellas.
Y aquella blanca,
¡cuántas noches me dice
que tú me aguardas!

D. GENER. (*Dentro, lejano por la derecha*).
¡Alerta... está!

J. PEDRO. (*Dentro por la izquierda*).
Hoy es sábado y no quiero
dormir en la quintería,
porque rondan los gañanes
y yo me muero de envidia

si me entero
de que rondan
las esquinas
de mi novia.

(También por la izquierda, han salido Catalina y la Custodia dirigiéndose a la derecha).

HABLADO

CUSTODIA. ¿Has estao en el cantar?
CATALINA. Y en la voz que lo canta: Juan Pedro.
CUSTODIA. ¿Vuelve a rondarte o qué?
CATALINA. No, señora, que yo me he apañao con Moniquito y a platicar con él vengo a mi casa... Juan Pedro... ¡pa'l ama!
CUSTODIA. ¡Cállate, infiel! ¿Dónde se habría visto chasco semejante?
CATALINA. ¿No pasa usté un ratico?
CUSTODIA. Poco será, porque antes de la media tengo que hacer una cosa mu grave.
CATALINA. Ya no me acordaba.

(Mutis de las dos por la puerta de la derecha.)

J. PEDRO. *(Saliendo por la izquierda con un grupo de mozos, algunos con guitarras).*
Y, ya que hemos rondao en las esquinas de toas las novias de la reunión, vamos a echar un cantar por mi cuenta.
MOZO 1.° ¿Aquí, pa la Catalina?
J. PEDRO. Que le cante el sereno a la Catalina. Vamos a echar un cantar en las esquinas del ama Sagrario, que dicen que nunca le han echao cantares a esa moza tan guapa.
MOZO 2.° Alto picas Juan Pedro.

J. PEDRO. Eso no es picar, es cantar.

(*Se van por la derecha, rasgueando las guitarras*).

D. GENER. (*Apareciendo por la derecha. Lleva terciada, como si hiciese centinela, una carabina*).
Día llegará en que sobre las piedras milenarias se cincele el nombre de los leales.

(*Sale la Custodia por puertá de lá la derecha.*)

CUSTODIA. ¡Graaacias a Dios!
DON GENER. ¿Quién vive? ¿Eres tú, Custodia?
CUSTODIA. Yo sí soy yo y parezgo yo. Pero usté es don Generoso y paece un cazador de zorras.
D. GENER. Pasa sin miedo, amiga, que no soy cazador, sino soldado. No amanecerá sin que agudos clarines te desvelen y, como gallos madrugadores, saluden el más glorioso día de la historia.
CUSTODIA. ¡Así sea!

(*Mutis a la casita de la izquierda*).

D. GENER. ¡Que un hombre tan aguerrido sienta la dulce emoción del bisoño...!

(*Hace mutis por la izquierda, pausadamente y volviendo la cabeza con recelo, de vez en cuando. Por la derecha, sale Carracuca coincidiendo con la Custodia que aparece en la puerta de la casa, ocultando una criatura de pañales*).

CARRACUCA. ¡Hermana Custodia...!
CUSTODIA. ¡Jinojo! ¿Eres tú, Carracuca?

CARRACUCA. Yo mesmo, que busco a Moniquito pa que me empreste al santo y me la encuentro a usté, que casi es mejor. ¡Venga usté, hermana Custodia, que tié un histérico que me quiere afeitar con la badila del brasero!

CUSTODIA. Arrepara que esto que llevo aquí es de carne y güeso y mañana mesmo tié que quedar en la casa cuna. Y que, como se sepa por ti, te degüello.

CARRACUCA. Pero venga usté por mi casa... que la coge al paso. ¡Que la Gertrudis no dura ná, hermana!

CUSTODIA. Anda, echa pa alante que estoy ya de la Gertrudis hasta el rodete.

CARRACUCA. ¡Pobrecilla! ¡Con lo güena que es...! ¡Si el histérico no la diera por atizarme esos palos... que me arrea!

CUSTODIA. ¡Rejinojo! ¡Alivia!

(Se van por la derecha).

MUSICA

(Salen por la izquierda, por el orden que se indican, el gañan 1.º con una escalera de mano al hombro. Carmelo con una manta parda, Moniquito con escalera, Quilino con manta y el gañán 2.º con escalera).

TODOS.
Dos por dos son cuatro;
tres por dos son seis;
tres por cuatro, doce;
dos por cinco, diez.
Ya me sé la tabla
de multiplicar,
y antes del ivierno
me podré casar.

MONIQUITO.
Si me alviertes al pedirte
que no tiés ventana baja,

no es el hijo de mi madre
el que sube a tu ventana.

TODOS. ¡Aaay...!
¡Ay, ay, ay, aaay!
Ya verás, mujer, la que te espera.
¡Aaay...!
¡Ay, ay, ay, aaay!
Cuando suba yo por la escalera.
Cuando llegue arri—
aunque tú no quie—,
si no está tu ma—
voy a darte un be—,

LOS DEMÁS. Quiere darte un be—,
pero se equivo—,
porque está tu ma—,
¡y van a ser po—!

(*Moniquito coloca en el suelo la escalera, que le sujetan Carmelo y Quilino, y se sube a ella.*)

MONIQUITO. Aquí estoy porque he subío
y no me bajo sin darte
un abrazo de los fuertes
¡y recuerdos pa tu madre!
(*Baja de la escalera*).

TODOS. ¡Aaay...!
¡Ay, ay, ay, aaay...!
Si al ir a casarte no reculas.
¡Aaay...!
¡Ay, ay, ay, aaay...!
... tengo ya mujer y un par de mulas.
Pero si me enga—
con un archidú—,
¡apañao me que—
con un par de mu—!

LOS DEMÁS. Con un par de mu—,
apañao se que,—
porque si una es co—
¡la otra es burricie—!

Dos por dos son cuatro;
tres por dos son seis;
tres por cuatro, doce;
dos por cinco, diez.
Ya me sé la tabla
de multiplicar,
y antes del ivierno
me podré casar.

(Hacen mutis por la derecha en la misma forma que salieron, mientras cae el telón).

(MUTACIÓN)

CUADRO TERCERO

Patio principal de casa de Sagrario. Una columnata limita una galería en el fondo. En la galería, hay un arcón a la derecha, sin tallas, y a la izquierda un bargueño sencillo sobre una mesita castellana. Entre ambos muebles, una puerta cuarteronada. En el lateral izquierdo, una cancela que cierra el paso desde el zaguán. En el lateral derecho, dos puertas semejantes a la del fondo. Sobre la galería de la planta baja descansa, en la superior, un corredor no practicable. En el centro de éste, hay dos largas mesas de pino, sencillos tableros sobre asnillas; a su alrededor, sillas de madera con asiento de esparto trenzado, de distintas formas y altura, huyendo de toda uniformidad. Encima de las mesas, montones de rosa de azafrán y platitos con clavos de la misma planta. En el suelo, esportillas con más flor. Es de día.

(Las mozas y, entre ellas, Catalina y Lorenza, aparecen sentadas alrededor de las mesas, mondando la rosa, presididas por Sagrario. Van tomando las flores una a una, extrayéndoles los hilos de azafrán y depositando éstos en sus respectivos platitos. La Custodia entra y sale por la segunda puerta de la derecha, como si dentro tuviera una ocupación que interrumpe de vez en cuando.)

MUSICA

Todas. De mondar mucha rosa
yo no me alabo,

porque no tengo novio
que tire el clavo.

SAGRARIO. La rosa del azafrán
es como la maravilla
que un día la ve nacer
y la mata el mismo día.

TODAS. Me casé con un sastre
por no estar mala
y el aire de la aguja
me resfriaba.
La, la, la, laralala.
La, la, la, la la, la...

HABLADO

SAGRARIO. ¡Custodia! ¿Has aviao la merienda?

CUSTODIA. ¡Vaya que sí! Aguamiel y nuégados pa los golosos; carne frita con pisto, pa los hambrones y, pa las que no tién novio, melones...

CATALINA. Eso no va conmigo, que lo tengo.

SAGRARIO. Irá por mí.

CUSTODIA. ¡Qué disparate! Si estás moza entavía es porque quieres. Que pué que nos esté oyendo quien bebe el viento por tu persona... Más rico no lo vas a encontrar, ni más aparente tampoco.

SAGRARIO. Cállate, Custodia.

CUSTODIA. (*Acercándose a las mozas*).
Julián Herencia, que así se llama por su padre y porque, dende que nació, no hace más que heredar... Adentro está con el amo consolándose del «no» del ama.

LORENZA. ¿Habéis sentío una voz?

CUSTODIA. No hemos sentío ná; pero ya vemos que ese que te ronda está a la puerta con otros y, a la cuenta, sos quieren echar el clavillo.

SAGRARIO. Déjalos pasar.

CUSTODIA. (*Abriendo la cancela*).
Yo abro y el que sea valiente que pase.

(*Mutis por segunda derecha*).

MUSICA

(*Empiezan a entrar mozos campesinos por la izquierda. Unos llevan chaquetillas pardas y sombreros negros; otros, blusas de cuadros y montera, calzando abarcas estos últimos; todos llevan al hombro mantas pardas o de cuadros blancos y negros. Avanzan los mozos hasta colocarse cada uno, de pie, junto a una moza. Algunas de éstas, y entre ellas Sagrario y Catalina, no tienen pareja. Los mozos se ponen a la faena de mondar rosa, echando los clavillos en el plato de su moza.*)

Aroma de tomillo de abril
se escapa de tus labios en flor.
MOZAS. Por Dios, no te me arrimes, galán,
no vaya a marearte el olor.
MOZOS. Si no me quieres cerca, ¿por qué
me miras con tus ojos de imán?
MOZAS. Pues pídele al alcalde un cartel,
que diga: «Se prohibe mirar».
SAGRARIO. La rosa del azafrán
es una flor arrogante,
que brota al salir el sol
y muere al caer la tarde.
MOZAS. Tan frágil es el amor
como esta flor peregrina.
Se quiere al atardecer
y a media noche se olvida.
MOZOS. No quieras olvidarme después

que tengo ya encargao el ajuar.
MOZAS. Teniendo ya el ajuar encargao
alguna se lo puede encontrar.
MOZOS. Si alguna se lo encuentra también
te digo que le puede pesar.
MOZAS. Con esas indirectas, pa mí
que no voy otro novio a encontrar.
La rosa del azafrán
vestida está de morado
y tiene el tallo pajizo
y el corazón encarnado.
SAGRARIO. (*Recitado.*)
¡Pasen todos a merendar!

(*Se levantan las mozas. Sagrario Catalina y las que no tienen mozo, se van por la derecha. Detrás, por parejas, hacen mutis los demás.*)

HABLADO

(*Entran por la izquierda, Moniquíto con la carabina de Don Generoso, cinco chicos de doce a catorce años y uno de cinco o seis, en fila y con varas a guisa de fusiles. Detrás de ellos entra Don Generoso, que lleva en la mano otra vara corta con un palito cruzado como si fuese una espada.*)

CHICOS. ¡Un, dos, un, dos, un, dos, un, dos...!
D. GENER. ¡Alto! ¡Al...! ¡Izquierda! ¡Hup!... ¡Muy bien! ¡Admirablemente bien! ¡Soldados de la lealtad...!
MONIQUITO. Un momento, mi general. (*A los chicos.*) ¡Descansen! ¡Ar...! ¡Sentarse! ¡Hup!

(*Los chicos se sientan en el suelo y Mo-

niquito en una silla. Detrás de ésta, el más pequeño de los chicos.)

D. GENER. (*Avanzando hacia Moniquito.*)
¿En qué tratado de arte militar has visto tú que una división se tienda a la bartola para escuchar la arenga de su mariscal? La tropa nunca dará oídos a la pereza, ni tregua al ejercicio. Y, ante el deber, tiene que erguirse, crecerse, multiplicarse...

MONIQUITO. Y ¿en qué arizmética ha visto usté que una división se multiplique?

D. GENER. Temo, alférez Moniquito, que no te podré hacer comandante. Me está dando en la nariz un olorcillo a majadero...

MONIQUITO. ¡Zumbalacárregui!
(*Poniéndose de pie.*)
A lo que huele aquí es a carne con pisto.
(*Deja la carabina en la silla y se asoma a la segunda de la derecha.*)
¡Miálos ahi cómo merendolean...! ¡Allá voy, mi ama!
(*A Don Generoso.*)
Siga usté con la arenga que, en cuanto me se caliente la boca, ¡a mordiscos y a coces acabo yo con el enemigo!

(*Mutis.*)

D. GENER. ¿Esta es la raza de Indíbil y Mandonio? ¡Pero conmigo quedan los mejores! ¡Soldados de la lealtad! «Sursum corda, sursum fides, sursum mentes...»
(*Pausa.*)
¿Qué se responde a esto, perezosos?

CHICOS. (*Cantando.*)
¡Aaa... mén!

(*Entra por la izquierda la Dominica, una mujer del pueblo como de cuarenta años.*)

DOMINICA. Si ya sabía yo que aquí estábais. ¡Recondenaos! ¡Indinos!

(*Los chicos, excepto el más pequeño que sigue merendado tranquilamente, se ponen de pie y dos de ellos huyen de la mujer que les amenaza.*)

D. GENER. Y ¿quién eres tú, furia viperina, para amedrentar a mis reclutas?

DOMINICA. ¿No me conoce ya, don Generoso? Soy la Dominica del Manco Bigotes, la madre de estos dos novilleros que me se escapan de la escuela pa dir con usté; la tía de este otro, que es otro tal, y la vecina de esos dos que quean, que han salío tan trebajaores como su padre, que se murió sin el oleo por no abrir la boca pa decir amén. ¡Arreando tós ahora mesmo! ¡El viejo chocho éste...!

D. GENER. Si como tu marido es manco tú fueras muda... ¡Vive Dios!

DOMINICA. (*Agarrando a un chico.*) ¿Quién te ha hecho este chichón en la frente?

CHICO 1.º El enemigo.

DOMINICA. ¡El ene...! ¡Bueno! ¡Ténte, lengua! (*A otro chico.*) Y a ti ¿dónde te han regalao este siete?

CHICO 2.º En la trinchera.

DOMINICA. ¡Pa alante tós en un suspiro! Y, al primero que me se tuerza, lo hago gachas.

D. GENER. Dominica: no destruyas los más caros ideales de un patriota.

DOMINICA. Déjese usté de pláticas, don Generoso. Aquí no hay más deales que los míos y, en

cuanto a caros, arrepare usté en cómo lleva los calzones esa creatura... ¡Mos ha jorobao el hombre! ¡Unto y andando!

(*Dando cachetes a los chicos, que se van atropelladamente por la izquierda, quedando sólo el pequeñín, merendando impertérrito.*)

D. GENER. ¿Y es ésta la estirpe de Isabel la Católica? «Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?». ¿Dónde moran aquellas esforzadas madres de héroes que por sus manos les calzaban la espuela? ¿Dónde está el capitán de nuestras epopeyas gloriosas? ¿Dónde está el soldado?

CHICO 3.º (*Asomando la cabeza.*) ¡Presente!

D. GENER. ¡Ah! ¿Tú no escapaste? Ven aquí, levadura de batallador. (*El chico se acerca a Don Generoso habiendo cogido la carabina de Moniquito.*) ¡Júrame por tu honor que hasta verter la última gota de tu sangre defenderás tu bandera y, si toda una división ha desertado, haremos tú y yo guerra de guerrillas! ¿Lo juras?

CHICO 3.º Sí, señor.

D. GENER. ¿Sí? Pues mientras haya un soldado, habrá un ideal. ¡Paso ligero! ¡Mar...! (*Echa a andar hacia la izquierda. Delante el chico, con el arma al hombro.*)

CHICO 3.º ¡Un, dos, un, dos, un, dos...!

(*Mutis de ambos.*)

CUSTODIA. (*Saliendo por la segunda de la derecha con Sagrario.*)

Me salgo pa no verlos de comer... ¡Qué hambrones!

SAGRARIO. Como tú padeces del estómago...

CUSTODIA. Y me salgo, además, pa preguntarte... ¿Es verdá que has despachao con cajas destemplás a Julián Herencia?

SAGRARIO. No.

CUSTODIA. ¡Ah, vamos!

SAGRARIO. Le he dao las gracias por haberse fijao en mí y le he dicho que, por ahora, buena estoy moza.

CUSTODIA. Pues eso es una atrocidá.

SAGRARIO. ¿Qué quieres que le haga? Yo no puedo querer a ningún hombre.

CUSTODIA. A ningún hombre que no sea Juan Pedro y, como es un pobre gañán que en tu mesma casa ha servío, te quedas soltera pa *in séculá*. Pero ¿qué gracia condená le has visto a Juan Pedro?

SAGRARIO. No me hagas sufrir con tus preguntas. ¿Sé yo misma la gracia que tiene? Ya ves que cinco o seis años ha estao en la casa sin que le encontrara ninguna. Pero, de repente, le vi enamorao de otra, a lo que parecía... y me dió coraje que no se hubiera enamorao de mí.

CUSTODIA. Ya lo has lograo, mujer.

SAGRARIO. ¡Calla!

CUSTODIA. ¿No oíste coplas antes de anoche?

SAGRARIO. Las oí; pero ¿pa quién eran?

CUSTODIA. ¡Sabe Dios...!

Hasta el cielo volaría
pa besar a las estrellas.
¡De qué sería capaz
sin moverme de la tierra!

SAGRARIO. Ya ves... Eso no dice ná...

CUSTODIA. Amos, que tú las querrías como las del Tonto de Alhambra...

Quiero a la Juana García,
que tié decinueve abriles

y tres yuntas y, además,
dos tíos guardia-ceviles.

SAGRARIO. Me quiera o no me quiera Juan Pedro...

CUSTODIA. ¡En mi querer naide manda!

SAGRARIO. ¿No han de mandar en él? ¡To el mundo manda! ¿No ves que no somos iguales? Tiras de pellejo así nos sacarían a mí y a mi hermado si yo diese oídos a ese querer.

(*Por el fondo salen Miguel y Julián, tipo de labrador acomodado.*)

MIGUEL. Aquí la tiés a mi hermana. (*A Sagrario.*) Julián que se despide.

JULIÁN. Y pa no volver. Dos veces he pretendío lo que pretendí y eso prueba que no es cosa de juego. Comprendo que soy poco pa ella.

SAGRARIO. Eso no.

JULIÁN. Y confío en que no dejaremos de tener la amistá de siempre.

MIGUEL. Es claro.

JULIAN. Uno se deja llevar de su sentir, desoyendo la voz de la calle, y hay que comprender que muchas veces... la calle tié razón.

SAGRARIO. ¿Qué dicen por la calle de mí?

MIGUEL. ¿Qué dicen, Julián?

JULIÁN. No dicen ná que toque a la honra; pero ya ves si mi pueblo está seis leguas de éste y hasta en mi pueblo se sabe que Sagrario ha despreciao los mejores partidos de la Mancha.

CUSTODIA. Eso es verdá.

SAGRARIO. Pero no creo que lo haya publicao la *Gaceta*.

JULIÁN. ¿No tenéis en la casa un ayudaor que es de mi pueblo?

CUSTODIA. Le tenían.

MIGUEL. ¿Juan Pedro?

JULIAN. Pues, si alguna vez ha ido por allá, siempre le he preguntao por ti y siempre ha tenío que decirme de dos o tres pretendientes desairaos.

SAGRARIO. ¿Es de tu pueblo ese hombre?

JULIÁN. Es... y no es. Allí vivía desde que a los quince años le licenciaron en el hospicio. Es un buen chico, donde los haya.

MIGUEL. Sí lo es.

JULIAN. Merecedor de haber nacío como Dios manda y de no haber ido a parar al torno de una inclusa.

(Sagrario se apoya en la Custodia, desfallecida.)

CUSTODIA. *(Aparte a Sagrario.)*
¡Por Dios! ¡Que te se nota!

SAGRARIO. *(Reponiéndose.)*
Bueno, Julián... No te ofendas tampoco porque no haya podido ser...

MIGUEL. Cuando la vieras novia con otro más rico o más señor, podrías pensar que tú eras poco.

JULIAN. Adiós, Sagrario.
(Alargándole la mano.)

SAGRARIO. Adiós...

MIGUEL. Te acompaño a la plaza.

JULIAN. Como quieras.
(A Custodia.)
Adiós, hermana.

CUSTODIA. Vaya usté con Dios.

(Mutis por la izquierda de Julián y Miguel.)

SAGRARIO. ¡Catalina!

CUSTODIA. ¿Qué vas a hacer?

SAGRARIO. ¡Ná!

(Sale Catalina por la derecha.)

CATALINA. ¿Qué quiere usté?
SAGRARIO. Que si va a durar la merienda hasta la noche.

MONIQUITO. (*Saliendo.*)

¡S' acabó!
SAGRARIO. Pues a ver si seguimos mondando la rosa.
CATALINA. ¡Al avío!

(*Mutis por la derecha y en seguída salen mozas y mozos.*)

MONIQUITO. Pero ¿quién me ha decomisao la carabina?

(*Medio mutis a la izquierda.*)

CUSTODIA. A ver si la ha cogío un muchacho y se va a disparar.
MONIQUITO. ¿Dice usté que se va a disparar? ¡Zumbalacárregui! Yo no me pierdo ese milagro.

(*Sale corriendo por la izquierda.*)

MUSICA

(*Las mozas, con Sagrario y Catalina, vuelven a ocupar sus puestos en las mesas, reanudando la faena. A su lado, los mozos, de pie, las ayudan.*)

MOZAS. Si quieres que te lo diga,
cantando te lo diré:
el amor que te tenía
por donde vino se fué.
El amor que te tuve
fué de bayeta;

se le ha caído el pelo,
ya no calienta.

(*Entra por la izquierda Juan Pedro con Quilino, Carmelo y algunos mozos más.*)

J. PEDRO. Buenas tardes tengan todos.
TODOS. Buenas tardes nos de Dios.
SAGRARIO. (*Aparte.*)
¿A qué viene, madre mía?
CUSTODIA. (*Aparte.*)
¿Qué querrá el ayudaor?
J. PEDRO. Aunque soy forastero,
sé la costumbre
y a ayudaros venimos,
como nos cumple.
SAGRARIO. La costumbre es que el novio
junto a la novia,
la partija le aumente
que a ella le toca.
J. PEDRO. Pero, si una mocita
no tiene amante,
natural es que alguno
venga a ayudarle.
SAGRARIO. Si alguno viene,
sin palabras la dice
que la pretende.
MOZAS. ¡Bien lo explica la Sagrario!
¡Él a quién ayudará!
MOZOS. No te metas en dibujos.
Lo que sea sonará.
(*Juan Pedro se pone junto a Sagrario, tomando una flor de la mesa para extraerle los estigmas. Los otros mozos se unen a las mozas que no tienen pareja.*)
J. PEDRO. Ama,
con su licencia.
quiero ayudarla,
pues siento pena

viendo
que a usté los mozos
no se le acercan.

SAGRARIO. (*Poniéndose de pie.*)
Mira
que me abochorna
lo que pretendes.
¡Corre
por tus caminos
sin ofenderme!

J. PEDRO. ¡Qué culpa tiene el tomillo
de haber nacido tan bajo!
¡Qué culpa tiene el querer
de andar arriba y abajo!

TODOS. El pobre es pobre en su tierra,
el rico es rico en su casa.

SAGRARIO. Y la mujer, rica o pobre,
nunca sabe donde manda.

J. PEDRO. Perdone el ama Sagrario,
perdone mi atrevimiento.
¡Qué culpa tienen mis ojos
de haber mirao para el cielo!

SAGRARIO. Vete presto.
Vete ya.
Irse todos,
por favor.

CUSTODIA. A la calle!

TODOS. Vamos ya.

SAGRARIO. La faena
se acabó.

(*Mozas y mozos, después de un angustioso silencio, desfilan por la izquierda, mientras Juan Pedro, avergonzado, se repliega al primer término de este lado y Sagrario, con la Custodia, hacia el primer término de la derecha.*)

J. PEDRO. (*Tomando en sus manos una rosa.*)
Tan frágil es el amor

como esta flor peregrina:
se quiere al atardecer
¡y a media noche se olvida!

(*Mutis por la izquierda, desesperado. Custodia se lleva a Sagrario por la segunda de la izquierda.*)

CATALINA. (*Que se ha quedado sola en el fondo, observando todo el juego.*)

RECITADO

¿Y pa ésto me lo ha quitao? ¡Adúltera!

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

Plazuela del Arcipreste, ya aludida en el cuadro primero. En el fondo derecha, parte de la casa labradora de Sagrario, de la que solamente se ve una pared blanca que cruza oblícuamente, perdiéndose por una calle que hay al fondo izquierda. En el centro, tiene una portada de carros, con dos hojas y postigo en una de ellas y, en la segunda planta, ventanitas pequeñas y apaisadas, idénticas a la que ostenta, en el primer cuadro de la obra, el lateral derecho, pues esta portada es el acceso al porche que, en el referido cuadro, figuraba en dicho lateral. A un lado de la portada, un poyo de mampostería. A la derecha, en primer término, casa pequeña, de una sola planta, con puerta practicable. Entre ésta y la de Sagrario, otra calle, continuación de la que viene por el fondo izquierda. A la izquierda, dos casitas, también pequeñas, separadas entre sí por una tercera calle. La línea de fachadas de ambas es perpendicular a la pared de la de Sagrario. Las cuatro edificaciones tienen las fachadas limpiamente enjalbegadas de cal con frisos de una vara, verde, azul plomizo, rosa fuerte y naranja claro, respectivamente. En la de la derecha vive la Custodia; en la del fondo izquierda, Don Generoso, y en la del primer término de la izquierda, Carracuca. Un cielo muy profundamente azul recorta los tejados. Es de día.

(*Nadie en escena. A poco salen de la casita de la derecha la Custodia, la Dominica y el Chico 1.º; éste con una cartera de colegial colgada.*)

DOMINICA. Y ¿tú crees que no será ná lo del muchacho?

CUSTODIA. Ná, te digo. Una onza de sal de higuera y mañana, tan campante.

DOMINICA. Tó esto, ya se lo digo yo a su padre, es de la escuela. El maestro los tié dos horas escribiendo latín y otras dos escribiendo historia. Y las cuatro horas... de pie.

CUSTODIA. Mu fácil que por eso haiga pillao un asiento.

DOMINICA. ¿Te has fijao cómo tié la lengua? Anda, hijo, sácale la lengua a la hermana Custodia.

CUSTODIA. ¿A ver? Oye, ¡si la tié morá!

CHICO 1.º Eso es de la Caligrafía.

DOMINICA. Pero ¿también escribes Caligrafía?

CUSTODIA. La escribe y la lame.

DOMINICA. Güeno, ¿qué te tengo que dar?

CUSTODIA. Lo que sea tu voluntá.

DOMINICA. Mira, toma.

(*Extrae de su faltriquera una patata y se la da a Custodia.*)

¡Pa un guiso!

CUSTODIA. ¿Me das una patata agusaná?

DOMINICA. Que no está agusaná, que es que tié una sorpresa.

CUSTODIA. Amos, anda, dale esa sorpresa a tu marido, a ver si le hace tanta gracia como la otra que le diste.

DOMINICA. ¿Yo?

CUSTODIA. Cuando nació la Madalena, que hacía dos meses que os habíais casao y medio año que os habíais conocío.

DOMINICA. Pues miá tú.

CHICO. ¡Amonos, madre!

DOMINICA. ¡Y bien que sí!

CUSTODIA. Anda de ahí, marraja, que paeces una lechuza desvelá.

DOMINICA. Y tú ¿qué paeces?

CUSTODIA. Parezgo tonta, porque no te he sacudío entavía.

DOMINICA. (*Al mutis, sacándole la lengua.*)

¡Ah!

CUSTODIA. Púrgate tú también. ¡Con jalapa!

(*Mutis Dominica y el chico por la primera calle de la izquierda.*)

¡Nos ha molío ésta!...

CATALINA. (*Saliendo de la casa del fondo.*) ¿Qué le pasa o usté?

CUSTODIA. Esa rumbona de la Dominica, que me quié pagar las consultas en desperdicios.

CATALINA. Pues así le pagan a don Juan José, que es licenciao en Cirugía.

CUSTODIA. Pero yo no soy el médico. Y hay que distinguir. ¿Anda por ahí tu ama?

CATALINA. Está en la misa de la Gertrudis, que en paz descanse.

CUSTODIA. Yo no he podío dir. No me dejan los enfermos. Y ahora tengo que dir en cá el escribano, que no sé qué le pasa en la chimenea.

CATALINA. Mu bien se ha portao Carracuca con la Gertrudis. Le ha hecho entierro de medio doble.

CUSTODIA. Y por él se lo hubiera hecho de capitán general. ¡Menuda pepla se ha quitao de encima!

CATALINA. Y ¿será cierto que ella le pegaba?

CUSTODIA. En cuanto le daba el histérico. ¿Pus no le has visto lo señalao que está? Hace tres días, le tiró a la cabeza una plancha y lo ha dejao cojo. Porque, eso sí, puntería no tenía la probe.

CATALINA. ¡Gra...!

CUSTODIA. ¿Qué te pasa?

CATALINA. Misté quien viene por ahí.

CUSTODIA. ¡Juan Pedro!

CATALINA. Pero si va pa diez meses que se marchó del pueblo y dijo que no golvía.

CUSTODIA. Vendrá a por algo que se le olvidaba.

CATALINA. ¡Eso es un hombre y no el sancristán que me ha tocao en suerte!

CUSTODIA. Y ¿cuándo sos casais?

CATALINA. Nunca, porque él no cuenta más que con San Roque y cá día le produce menos.

(*Entra Juan Pedro por el foro derecha. Ellas han avanzado hacia los primeros términos y él cruza de derecha a izquierda sin haberlas visto.*)

CUSTODIA. Anda con Dios, Juan Pedro. (*Deteniéndose y acercándose.*)

J. PEDRO. Buenos días, hermana Custodia y la buena compañía.

CATALINA. Se agradece, hombre.

CUSTODIA. ¿Por dónde te has perdío?

J. PEDRO. Por el mundo voy.

CUSTODIA. Y ahora ¿vas de paso?

J. PEDRO. No, señora; que en este pueblo tengo la querencia y aquí vengo a vivir... y a casarme.

CUSTODIA. Con...

J. PEDRO. No se sabe con quién. Eso que está usté pensando yo comprendo que era un imposible pa mí; pero yo a este pueblo le tengo ley... y en este pueblo tengo que ser casao.

CATALINA. Bueno, hombre... Eso está bueno.

J. PEDRO. Arreglaos traigo los papeles pa en cuanto tenga novia.

CUSTODIA. ¿Qué papeles traes?

J. PEDRO. Ea, los que se precisan. Solo en el mundo no puedo vivir más. A ajustarme vengo donde me quieran y a enamorarme de quien me enamore, si buenamente pué ser.

CUSTODIA. ¿No quiés descansar y agua fresca?

J. PEDRO. Se agradece, porque hace una calor...

CATALINA. Como de agosto que es.

J. PEDRO. El jueves, la Virgen. Y por eso he venío a ajustarme.

CUSTODIA. Entra, pues, amigo.

J. PEDRO. Allá voy. Algo tendremos que platicar. *(A Catalina.)* Y adiós... pimpollo.

(Mutis a casa de Custodia, precedido por ésta.)

CATALINA. ¡Flechá me ha dejao! Que a Moniquito le doy yo el canuto es más fijo que el sol. Porque Moniquito... no es que sea mal hombre; pero no suda. Y un hombre que no suda no es un porvenir.

(Aparece Moniquito por el foro izquierda, agobiado por el peso y el abrigo de un capote de paño pardo, clásico en las ceremonias funerarias.)

MONIQUITO. Pero a esta probe mujer ¿por qué no se le ha ocurrío morirse en el ivierno?

CATALINA. M'alegro que vengas. Pero ¿cómo vienes...?

MONIQUITO. Pues, miá tú: ¡chorreando!

CATALINA. ¿Sudando?

MONIQUITO. Toca aquí... Y aquí.

CATALINA. Sí que es verdá.

MONIQUITO. Si estas capas de ceremonia son peores que cavar al sol. Miá lo que pesa.

CATALINA. Cuando tú sudas sí que será de abrigo.

MONIQUITO. Lana dulce, ná más. Chupa aquí.

CATALINA. Chupa tú, condenao.

MONIQUITO. Pero m'has dicho que te alegrabas que viniera.

CATALINA. Pa decirte una cosa que... ¿Cuándo nos casamos?

MONIQUITO. ¡Dios lo sabe!

CATALINA. Y tú ¿con qué cuentas pa la boda?

MONIQUITO. Cuento contigo, con el cura y con la

banda municipal. Porque yo es que me caso con música.

CATALINA. Con música pué que sí; pero lo que es conmigo...

MONIQUITO. Y eso ¿por qué?

CATALINA. Porque ya me duelen a mí las muelas de de que tó lo fías en el santo. Y a un santo no se le puen pedir gollerías. Tú me dijiste que te agarrarías a algo, y ¿a qué te has agarrao?

MONIQUITO. ¿Ya no te acuerdas de la gofetá que me diste?

CATALINA. ¿Te has hecho gañán?

MONIQUITO. No.

CATALINA. ¿Te has hecho albañil?

MONIQUITO. No.

CATALINA. Di...¿Qué te has hecho?

MONIQUITO. Me he hecho vegetariano.

CATALINA. Pues esto se acabó. ¿Te enteras? Se acabó pa siempre.

MONIQUITO. ¡Magras!

CATALINA. ¿Magras? O torreznos, pero ca uno por su lao.

MUSICA

MONIQUITO. Pero ven acá.
CATALINA. No me vengas con lisonjas.
¡No me digas ná!
MONIQUITO. Ya verás cómo te esponjas.
CATALINA. No te quiero oír.
MONIQUITO. Pues te lo diré por señas.
CATALINA. Lo pués escribir.
MONIQUITO. Te lo escribo si te empeñas.
CATALINA. Pero es inútil
lo que me digas.
MONIQUITO. Eres más terca
que un jabalí.
CATALINA. Tú eres más suave
que las ortigas.

MONIQUITO. ¡Pa mí que mucho!
CATALINA. ¡Pa mí que sí!

—

MONIQUITO. Yo soy la luna
y tú eres el espejo
de la laguna
donde la rueda brilla
de mi fortuna.
CATALINA. Si soy espejo,
no caso con un hombre
que es un pellejo.
Por eso, Moniquito,
me desparejo.
MONIQUITO. Tú no me quieres,
porque prefieres
un hombre de esos
que nunca se echan
y que aprovechan
hasta los huesos.
CATALINA. Yo te abomino,
porque el camino
que tú has tomao
es el de estarte
siempre tumbao,
sin levantarte
más que pa echarte
del otro lao.
MONIQUITO. ¡Hasta ahora sí que
no me has matao!

—

CATALINA. Yo necesito
que el hombre que me quiera
sea bonito;
pero, además, que sude
como un bendito.
MONIQUITO. ¡Mira qué guapa!
Lo que tú te propones

no me se escapa:
¡que vaya tó el verano
con esta capa!

CATALINA. Que te aplicases
y te agarrases
a algún oficio.

MONIQUITO. Al de escribano.
que es el más sano
y alimenticio.

CATALINA. Yo te aseguro,
porque lo juro,
que se ha acabao.

MONIQUITO. Por lo que veo
te has atufao.

CATALINA. Porque no creo
que exista un feo
más desahogao.

MONIQUITO. ¡Se ha güelto loca!

CATALINA. ¡Se ha rematao!
(Desde la puerta del fondo.)
¡Miau!

(Mutis.)

MONIQUITO. *(Desde la esquina primera de la izquierda.)*
¡Miau!

(Mutis.)

HABLADO

MONIQUITO. *(Volviendo a salir.)*
Y ¿adónde voy yo, sin haberle dao el pésame a Carracuca? ¡Lo que son las mujeres! La que más y la que menos, paece una yegua... y es una borrica.

(Sale Don Generoso de su casa—segunda de la izquierda—con unos cuantos cartones, de regular tamaño, bajo el brazo, dirigiéndose, serio y silencioso, a la puerta del fondo. Al verle salir:)

Buenos días, don Generoso.

D. GENER. Buenos días, amigo.

(Pone los cartones en el suelo, toma uno, lo cuelga en la puerta del fondo, recoge los demás, se los pone otra vez bajo el brazo y se dirige hacia la calle de la derecha. El cartel colgado dice: «Se vende».)

MONIQUITO. ¡Vaya usté con Dios!

D. GENER. ¡Adiós, amigo!

(Mutis con la misma seriedad.)

MONIQUITO. ¡Zumbalacárregui! «Se vende». ¡Qué tío más grande! ¡El amo del pueblo!

MUSICA

(Por el fondo izquierda sale un grupo de hombres, todos con sus capotes pardos, presididos por Carracuca, que viste de negro con capote pardo y cojea discretamente. Llegan a la puerta primera de la izquierda y los hombres van estrechando la mano de Carracuca, a cuyo lado se ha puesto Moniquito.)

CORO. ¡Conformidá!

CARRACUCA. ¡Qué voy a hacer!

CORO. ¡Resinación!

CARRACUCA. ¡Cómo ha de ser!

(Recitado.)

MONIQUITO. ¡Peor fuá no verlo!

(Mientras los hombres se van despidiendo, marchándose por la primera calle de la derecha, Carracuca lanza suspiros entrecortados y Moniquito le ayuda. Detrás de los hombres ha aparecido un grupo de mujeres, con medios mantos, a la cabeza.)

CORO. Y agora ¿qué vas a hacer?
¡Lo tienes que cavilar!
Si te has quedao sin mujer,
¡así no puedes estar!
CARRACUCA. Yo mesmo me he calculao
que en algo debo pensar.
MONIQUITO. El pobre está apabullao.
CORO. ¡Se va a tener que casar!
CARRACUCA. Ya comprendo que yo solo,
con las cinco creaturas
voy a verme en un apuro
pa sentarles las costuras.
MONIQUITO. ¿Quién les cose? ¿Quién les plancha?
¿Quién les barre? ¿Quién les guisa?
¿Quién les suena las narices?
¿Quién les lava la camisa?
CARRACUCA. ¡Son tan chicos!
MONIQUITO. ¡Son tan guarros!
CARRACUCA. ¡Tan corticos!
MONIQUITO. ¡Tan cerraos!
CARRACUCA. Sin su madre están perdíos.
MONIQUITO. ¡Sí que están extraviaos!
(Cuatro mujeres apartan a Carracuca, rodeándole.)
GRUPO 1.º La Juliana
de casarse contigo tié gana,
pues ya sabes que es medio tontiza
y es sana y rolliza
como una manzana...
MONIQUITO. *(Cogiendo a Carracuca y llevándoselo a otro lado.)*
¡No me gusta pa ti la Juliana!

(Otro grupo de mujeres se apodera de Carracuca, rodeándole.)

GRUPO 2.° La Clementa
va a cumplir este mes los cuarenta,
y es tan guapa y graciosa entavía
que nadie diría
los años que cuenta...

MONIQUITO. *(Repitiendo el juego.)*
¡Pues tampoco me va la Clementa!

GRUPO 1.° ¿Y a ti qué te importa?

GRUPO 2.° ¿Y a ti qué te va?

CARRACUCA. Cuando lo hace será conveniente.

TODAS. ¡Cuando él lo consiente
por algo será!

—

MONIQUITO. La Juliana no me gusta
porque tiene un ojo tuno
y no digo ná del otro,
porque no tié más que uno.
Y, tocante a la Clementa,
¡cuántas cosas te diría!

CARRACUCA. Pués ahorrarte el inventario,
¡porque fué mi ama de cría!

GRUPO 1.° Ten en cuenta que eres viudo.

GRUPO 2.° Que no hay tantas pa escoger.

MONIQUITO. Pero, al menos, que en vesita
no la tenga que esconder.
(Un tercer grupo de cuatro aparta a Moniquito, rodeándole.)

GRUPO 3.° La Calixta,
si la hubiás encargao a un artista,
no le sale tan mona y tan maja,
porque es una alhaja
de hermosa y de lista.

CARRACUCA. *(Apartando a Moniquito.)*
¡Es muy poco pa mí la Calixta!
(Un cuarto grupo capta y rodea a Moniquito.)

GRUPO 4.° La Jacoba,

¡hay que verla moviendo la escoba
o guisando en las ollas de barro!
¡Y el lomo de guarro
lo bien que lo adoba!

CARRACUCA. *(Despreciativo.)*
¡Que se vaya a fregar la Jacoba!

GRUPO 4.° ¡Pues sí que eres tonto!

GRUPO 3.° ¡Pues no pides ná!

GRUPO 2.° ¡Querrá una princesa!

GRUPO 1.° ¡La reina querrá!

(Conforme dicen su frase se van a una esquina cada grupo.)

TODAS. *(Con coquetería.)*
Si tú quieres, Carracuca,
yo no tengo inconveniente.

MONIQUITO. Si es que el médico le ha dicho
que no tome na caliente.

(Después de mirar picarescamente a Carracuca y de mostrarle, cada una un poco de pantorrilla, hacen mutis, simultáneamente, todas las mujeres.)

HABLADO

CARRACUCA. ¿Tú las oyes, Moniquito? *(Suspirando.)* ¡Ay!

MONIQUITO. Y no les falta razón. *(Se ha quitado el capote dejándolo en el poyete del fondo.)*

CARRACUCA. Como quieras; pero, mira, pa mí to son recuerdos. ¿Ves esta descalabradura que paecé un surco? *(Enternecido.)* ¡Pues es de ella! ¡Y quieren esas mozas que yo la olvide!

MONIQUITO. A una mujer así no se la sustituye tan fácil.

CARRACUCA. Eso digo yo. Si es que no me se borra de la imaginación. Voy al corral... ¡y allí está la escoba con que m'atizaba!
(*Llorando.*)
Me siento a comer y no pueo ni masticar... ¡porque, la probe, m'ha dejao sin muelas!

MONIQUITO. ¡Probecilla!

CARRACUCA. ¡Y con un cariño!

MONIQUITO. Sin embargo, tiés que hacerte el ánimo a la conformidá. Y tiés que casarte.

CARRACUCA. Pero ¿dónde voy a encontrar una mujer que me llene?

MONIQUITO. ¿Que te llene de desconchaos? Pues, a lo mejor, la encuentras. La Gertrudis ¿te ha flaturao alguna costilla?

CARRACUCA. Eso, no.

MONIQUITO. Pues, entonces, alegra esa cara, que aún tiés porvenir.

CARRACUCA. Además, yo ya he perdío la gracia pa enamorar.

MONIQUITO. Es cuestión de dos ratimagos, tres frases y un colofón. Ratimago primero.
(*Guiña un ojo y da una cabezada como un derrote.*)
Lo del guiño es pa que se fije y lo de la cabezá pa que te llame.

CARRACUCA. (*Remedando la cabezada.*)
¿Y no me llamará algo feo?

MONIQUITO. Entonces tú te lanzas y dices: «¿A cuántos estamos hoy?». Y ella te contesta: «A decisiete». Y tú vas y le dices: «Pues... decisiete razones tengo pa amarte.»

CARRACUCA. Tó eso pa mí es pan mascao.

MONIQUITO. Ahora es cuando pega el segundo ratimago.
(*Da un paseíllo que termina quedándose parado con los brazos en jarras.*)
Esto sinifica que tiés a cada lao una alcayata y que o se cuelga ella o te cuelgas tú.

CARRACUCA. Yo no me cuelgo por desaire más o menos.

MONIQUITO. Si es que, aunque te cuelgues, luego te descuelgas con esta frase: «¡Viva el ayuntamiento!»

CARRACUCA. Te advierto que estoy a matar con el alcalde.

MONIQUITO. Yo me refiero al de tú y ella. Y ahora el colofón.

(*Conforme está en jarras le da un codazo en la espalda.*)

CARRACUCA. Y ¿crees que con este paseíto la convenceré?

MONIQUITO. ¡Amos! Si ahora tiés un balanceo que te hace la mar de airoso.

CARRACUCA. (*Echándose a llorar.*)

¡Otro recuerdo de aquella bendita!

MONIQUITO. ¡Sobar! No llores.

CARRACUCA. Si es que tengo una pena que yo no estoy pa ná.

MONIQUITO. Esa te la quito yo...

(*Medio mutís.*)

CARRACUCA. ¡No me traigas a San Roque que es otro recuerdo!

MONIQUITO. Lo que voy a traerte es una guitarra y aquí nos estamos yo y tú hasta que bailes de coronilla.

CARRACUCA. Pero si yo soy mu negao pa la música.

MONIQUITO. A otros más cerraos se la he metío yo en la cabeza. Güelvo al contao.

(*Se dirige a coger el capote.*)

CARRACUCA. (*Va a entrar en su casa y, al dar frente al interior, se detiene.*)

¡Qué te paece! Veo la mano del almirez... ¡y me se parte el alma!

(*Mutis berreando a su casa, mientras Moniquito lo hace por el fondo izquierda.*)

CATALINA. (*Asomándose a la portada del fondo, mirando hacia donde se fué Moniquito.*)

Ronda, ronda, rondaor,
que, por mucho que te canses
ni yo me peino pa ti,
ni tú te lavas por naide.

J. PEDRO. (*Saliendo de casa de la Custodia.*) ¿Eres tú, Catalinilla?

CATALINA. Yo soy

J. PEDRO. (*Acercándose.*) Ya me ha dicho la hermana Custodia que lo de Moniquito se va formalizando.

CATALINA. Causalmente has acertao, porque hemos desconcluío.

J. PEDRO. Me alegro.

CATALINA. ¿De verdá te alegras?

J. PEDRO. Me alegro de verdá, porque yo a un amigo no le hago un mal tercio. Y, puesto a buscar mujer, ¿cuál más buena que tú?

CATALINA. ¡Ea...! (*Ruborosa.*)

J. PEDRO. Piénsalo.

(*Aparecen en la calle primera de la izquierda Sagrario y Lorenza. Vienen de la Iglesia y la segunda trae la sillita del ama.*)

LORENZA. ¡Ama!

SAGRARIO. Cállate, mujer.

J. PEDRO. Lo piensas con despacio, porque no es fritura que se achicharre.

CATALINA. Medio pensao lo tengo; pero aguárdate al día de la Virgen.

J. PEDRO. Poca es la espera.

CATALINA. (*Viendo a Sagrario.*) ¡El ama!

(*Y se entra en la casa como un rayo. Sagrario y Lorenza avanzan entonces.*)

LORENZA. Buenos días, Juan Pedro.
J. PEDRO. Buenos días.
SAGRARIO. Éntrate eso a la casa.
LORENZA. ¡Con Dios!

(*Entra por la portada. Juan Pedro se dirige a casa de Carracuca.*)

SAGRARIO. ¿Te vas?
J. PEDRO. A dar un pésame. Me he enterao al venir y...
SAGRARIO. ¿A qué has venío?
J. PEDRO. A ná que pueda mortificar al ama.
SAGRARIO. Yo no soy tu ama.
J. PEDRO. Ahora, no.
SAGRARIO. Pero... ¿es que no se te ha olvidao la Catalinilla?
J. PEDRO. Ná se me ha olvidao.
SAGRARIO. Ni a mí tampoco.
J. PEDRO. Con que me hubiera usté perdonao...
SAGRARIO. (*Emocionada.*) Juan Pedro: ¿de verdá me querías tú?
J. PEDRO. Como no se ha querío antes ni se vuelve a querer.
SAGRARIO. Pues, si me has querío, vuelvete a marchar. ¡Pa siempre!
J. PEDRO. Ama.
SAGRARIO. Sagrario.
J. PEDRO. ¡Sagrario!...
SAGRARIO. Ojos que no ven, corazón que no siente... Vete con tu cariño... y con el mío... Y hasta, si quieres, cásate con otra; pero que no lo vea yo... porque me da una pena de morirme.
J. PEDRO. (*Dándole la mano.*) Adiós... Sagrario.

SAGRARIO. Adios.

J. PEDRO. Cuando digo que me vuelvo a marchar, bien te aseguro que te quiero.

SAGRARIO. Y, cuando yo te pido que te vayas, es porque no me atrevo a decir que te quedes.

J. PEDRO. ¡Quién fuera... alguien!

SAGRARIO. ¡Quién fuera pobre!

(*Mutis de él a casa de Carracuca.*)

MUSICA

SAGRARIO.

No me duele que se vaya,
no me importa que me olvide:
lo que siento es que sus ojos
en otra mujer se fijen
y mirarlo con los míos
y no poderla decir:
Muchacha, no te ilusiones,
porque ese mozo es pa mí.
Quisiera que se marchara
volando,
que hubiese cuarenta leguas
por medio,
que nadie me lo mentara
siquiera...
Y, luego, querría verle
de lejos.
¡Ay! ¡Qué me pasa!
¡Qué es lo que tengo!
Con él... ¡quién piensa!
sin él... me muero.

—

La mujer que se hace esclava
de un querer que es imposible,
ni descansa ni sosiega
ni es digna de que la miren,
porque nadie se conduele
del mal que la hace sufrir.

¡Malhayan las conveniencias
que me separan de ti!
(*Se va acercando a la portada del fondo.*)
Aléjate de mi lado
pa siempre
Aléjate y no te olvides
de mí.
¡Ay! ¡Qué en mal hora
te conocí!
¡Adios... Juan Pedro,
y sé feliz!...

(*Mutis.*)

HABLADO

CUSTODIA. (*Asomando en la puerta de su casa.*)
¡Hablando sola va esa mujer! ¡Mordiendo el aire se ha marchao ese hombre! El no me s'importa mucho, por más que es mu galán y mu buen hombre. Pero lo que es ella...

(*Sale Juan Pedro de casa de Carracuca.*)

¡Arrepara cómo viene de esmerecío!

J. PEDRO. Ea, hermana Custodia, pues adiós pa siempre.

CUSTODIA. ¿Que te vas? ¡Ja, ja, jamones!

J. PEDRO. Ná tengo que hacer en el pueblo. La he vuelto a ver y...

CUSTODIA. ¡Cabalico! Y estáis entrambos como pa que sos aten... el uno al otro.

J. PEDRO. Hay ataduras que no ligan, hermana. Las conveniencias son como son. Ella es una labradora rica y yo soy un pobre. Y, ade-

más, un concejo miserable, sin familia, sin nombre y sin honra. Que lo de pobre tendría arreglo con afanes de trabajar y suerte y buen tempero.

CUSTODIA. Tó tié arreglo, hombre. (*Pausá*) ¡Miá que si tú resultaras hijo de don Generoso! Pariente de duques y mayorazgo de esa mesma casa. ¡Na más que eso!

J. PEDRO. Eso no es verdá.

CUSTODIA. Claro que no es verdá, pero... ¡Tú déjame a mí! Te cargas a tós los ricachos del partío.

J. PEDRO. Es un dislate, hermana.

CUSTODIA. Pero ¿la quieres o no?

J. PEDRO. Más que a mi vida.

CUSTODIA. ¡Pus entonces! Trae esos papeles que llevas... y ¡déjame a mí! ¿O es que tiés reparo en hacer un bien?

J. PEDRO. Hermana Custodia, piense usté que eso no es un bien, que si mi padre supiera algún día que he renegao de él...

CUSTODIA. Sí, que tú debes de ser hijo del Caballero de la Triste Fegura.

J. PEDRO. Son cosas muy graves pa andar hurgando en ellas.

CUSTODIA. Trae esos papeles, jinojo.

J. PEDRO. Pero ¿qué va usté a hacer?

CUSTODIA. La felicidá de media docena de seres: la Sagrario, tú, su hermano, tu padre adotivo y el juez y el señor cura que no lo perderán... Y reventar a más de cuatro que se están bañando en agua de rosas.

J. PEDRO. Pero ¿qué hechura legal tiene eso?

CUSTODIA. Hasta molde hay pa estas cosas. ¿O crees que yo soy una indígena? Trae los papeles, porra, y déjame a mí, que, entre yo y don Paco el Gafas, que es el tío más lince del pueblo, encontramos una pramática que venga al caso.

(*Juan Pedro, silencioso, saca de su bolsillo unos pliegos doblados y se los entrega.*)

Y ahora te vas. Pero, dentro de cuatro o seis días, güelves y... no digo más.

J. PEDRO. Por ella lo hago, hermana.

CUSTODIA. Echale una mirá a esa pader...

(*Por la tapia del fondo.*)

que, a lo mejor, te se transparenta.

J. PEDRO. Usté me quiere hacer un bellaco.

CUSTODIA. Toma, toma, galán, que yo no hago ná contra concencia.

(*Alargándole la mano con los papeles.*)

No los coges ¿verdá? Como que la concencia te dice que ésto, que paece una superchería, es más güeno que un milagro. Y, si no, al tiempo.

J. PEDRO. Dios dirá.

(*Mutis por el fondo derecha.*)

CUSTODIA. (*Examinando los papeles.*)

Luego dicen de las casualidás. ¡Cuatro días se llevan éste y el otro!

(*Sale por la portada del fondo Catalina con un lío de ropa bajo el brazo.*)

CATALINA. A buscarla iba.

CUSTODIA. ¿Qué tripa te se ha roto a ti?

CATALINA. Que me acompañe usté a mi casa. ¡Cosas del querer!

CUSTODIA. Pero ¿a estas horas vas a platicar?

CATALINA. ¿Qué platicar, si hemos descompadrao yo y Moniquito? Es que Juan Pedro güelve a las andás... y el ama se lo ha maliciao y me despide. ¡Y ahora sí que le digo que sí! ¡Con lo que él me gusta!

CUSTODIA. Miá que hace calor ¿eh?

CATALINA. ¿Qué dice usté?

CUSTODIA. Que en ese hombre no tiés que pensar.

CATALINA. ¡Vaya! Que, con toas estas cosas, ya voy pa moza vieja y ni pa Dios me caso.

(*Sale Carracuca, ya sin el capote, quedándose junto a la puerta.*)

CARRACUCA. ¡Me se cae la casa encima!
CUSTODIA. ¡Miá ese probe!
CATALINA. Ya, ya...
CARRACUCA. (*Mirando a Catalina y sintiéndose como electrizado.*)
¡Reconchis! ¡Qué colorcicos tié la Catalina!
CUSTODIA. Es natural que hable solo. ¡Con esa esgracia!
CARRACUCA. (*Guiña un ojo y da el cabezazo, casi pegándose con el quicio de la puerta.*)
CATALINA. ¡Si hasta se pega contra las paderes!
CARRACUCA. (*Avanza hacia las mujeres, cojeando jacarandoso.*)
¿A cuántos estamos hoy?
CATALINA. A martes.
CARRACUCA. (*Ráscase la cabeza, dudando; pero luego se arranca.*)
¡Amarte es mi inclinación y por eso t'amo!

(*Aparece Moniquito por el foro izquierda con la guitarra al brazo.*)

CUSTODIA. ¿Qué dices, hombre?
CATALINA. ¿He oído bien?
CARRACUCA. (*Dándole a Catalina un buen metido, en la espalda.*)
¡Viva el ayuntamiento!
MONIQUITO. ¡Zumbalacárregui!
(*Enarbolando la guitarra.*)
CATALINA. ¡Cuidao tú!
(*A Carracuca.*)
CUSTODIA. (*Interponiéndose ante Moniquito.*)
¡Muchacho!

MONIQUITO. ¡Déjeme usté, sobar! Que ése es mu negao pa la guitarra y yo he jurao que se la meto en la cabeza.

(*Carracuca huye, le amenaza Moniquito y a éste le sujeta la Custodia.*)

TELÓN RÁPIDO Y MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

Telón corto. Paisaje de agosto a pleno sol. Campos de mies, rastrojos y viñedos lejanos. Cinco o seis molinos de viento, más o menos próximos.

MUSICA

ESPIGADORAS. (*Dentro*)

Acudid, muchachas,
a la rastrojera,
que los segadores
ya se van de vuelta.

(*Salen las espigadoras y, al frente de ellas, Catalina. Todas llevan haces de espigas bajo el brazo y, en la cabeza, sombreros de palma.*)

Acudid, muchachas,
a la rastrojera,
que los segadores
ya se van de vuelta...

CATALINA.

Esta mañana,
muy tempranico,
salí del pueblo
con el hatico.
Y, como entonces la aurora venía,
yo la recibía,
cantando, como un pajarico.

ESPIGADORAS.

Esta mañana,
muy tempranico.

CATALINA.
Por los carriles
de los rastrojos,
soy la hormiguica
de los despojos.

ESPIGADORAS.
Y, como tiene
muy buenos ojos,
espiga a veces
en los manojos.

CATALINA.
¡Ay,
ay, ay, ay...!
¡Qué trabajos nos manda el Señor!
Levantarse y volverse a agachar,
todo el día a los aires y al sol.

ESPIGADORAS.
¡Ay,
ay. ay, ay...!
Tén memoria de mí, segador;
no arrebañes los campos de mies,
que detrás de las hoces voy yo.

CATALINA.
La espigadora,
con su gavilla,
paece la sombra
de la cuadrilla
Sufre, espigando tras los segadores,
los mismos sudores
que el hombre que siega y que trilla.

ESPIGADORAS.
La espigadora
con su gavilla.

CATALINA.
En cuanto suenan
las caracolas,
por esos trigos
van ellas solas.

ESPIGADORAS.
Y se engalanan
con amapolas,
sin abalorios,
ni angaripolas.

CATALINA.
¿Ay,
ay, ay, ay,..!
¡Qué trabajos nos manda el Señor!
Levantarse y volverse a agachar,
todo el día a los aires y al sol.

ESPIGADORAS. ¡Ay,
ay, ay, ay...!
Tén memoria de mí, segador;
no arrebañes los campos de mies,
que detrás de las hoces voy yo.

SEGADORES. *(Dentro).*
¡Ay,
ay, ay, ay...!
No arrebaño los campos de mies,
porque aguardo que vengas tú aquí,
pa escuchar lo que vale un querer...

ESPIGADORAS. *(Haciendo mutis por la izquierda).*
¡Ay,
ay, ay, ay...!
Si a tu lado me aguarda un querer,
no me importan los aires y el sol,
ni que arranques de cuajo la mies.

HABLADO

(Sale Carracuca por la derecha, en mangas de camisa y con una horca de aventar en la mano o al hombro. Hace con el brazo llamadas a Catalina.)

CARRACUCA. ¡Eh! ¡Gorriona!

(Vuelve a salir Catalina con otras dos espigadoras.)

CATALINA. Pero ¿estabas ahí?

CARRACUCA. Ahí, ablentando.

CATALINA Si paeces el dios de las aguas.

CARRACUCA. No, piropos ya sabes que no te los aceto. Eso me corresponde a mí; ¡melcocha de mi existencia!

CATALINA. Y ¿cómo no te habremos visto?

CARRACUCA. No será porque no levantó polvo, que, con

este aire solano, te pones a ablentar y paece que estás batiendo nubes. Yo sí que te he visto; pero alguardaba a ver si tú me hacías alguna demostración de afezto. Pero... ná: ni un mal pedruscazo.

CATALINA. Ni yo he sido pastor, ni tú eres oveja.

CARRACUCA. No soy oveja; pero... ¡A mí no me hagas estas cosas! Eso de pasar de largo... es como dispreciarme. Y ¡cuidao con dispreciarme, pues poco que se alegraría la Juliana, la Clementa, la Calixta, la Jacoba y un porción más que están desfallecías por mí!

CATALINA. ¡Qué barbaridá!

CARRACUCA. Ya lo has dicho tú antes:
(*Pavoneándose.*)
¡El dios de las enaguas!

(*Sale por la derecha la Custodia.*)

CUSTODIA. Que güenas tardes.

CATALINA. No me hablo con usté.

CUSTODIA. Pues... ¡adiós!
(*Avanza hacia la izquierda.*)
Como t' has apañao con un viudo y no hay que llevarte a platicar...

CATALINA. No es por eso. Pero el haber hecho señor a Juan Pedro, cuando ya no es pa mí...

CARRACUCA. ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!... Que, si me mientas otro querer trasnochao, te hablo yo de la Gertrudis. ¡Que aun no me se ha olvidao!

CUSTODIA. Y que a Juan Pedro yo no lo he hecho señor: lo hacen las leyes.

CATALINA. Y ¿qué pruebas hay que sea hijo de don Generoso?

CUSTODIA. Pruebas .. dengunas. Que es hijo suyo y na más. ¿Qué pruebas hay de que seas hija del tío Malcuerna?

CATALINA. Que consta en la parroquia, hermana.

CUSTODIA. Pa prueba no es bastante, aunque sea más verdá que el vino moro.

CARRACUCA. ¡Que lo es!

CUSTODIA. Pus esto es igual, galanes... Don Generoso pué probar únicamente que el día tantos de tantos entró por el torno de la casa-cuna un infante que llevó servidora.

CARRACUCA. Nombre de la madre.

CUSTODIA. Mambrú se fué a la guerra.

CARRACUCA. No la conozgo.

CUSTODIA. Y la ley no le da al padre más que un camino: adotar al expósito. Y, una vez adotao y una vez sabedores tos nosotros, por que lo semos, de que es su hijo, asunto acabao. Porque ¿lo semos o no lo semos?

CARRACUCA. ¡Qué duda cabe!

(*Sale Moniquito por la izquierda corriendo, jadeante y sudoroso.*)

CUSTODIA. ¿Ande vas, hombre?

MONIQUITO. Ande me dé el aire porque vengo... vengo asustao. ¡Acabo de presenciar lo más grande que ha ocurrío en este pueblo, desde que ahorcaron a Riego en Madrí! Juan Pedro ha regresao, por tercera vez.

CUSTODIA. Se le esperaba.

MONIQUITO. Y yo que, la verdá, estaba un poco alebrao, con ese romance de la adoción paternal, que yo me creía fruto de la imaginación abundante de aquí...
(*Por la Custodia.*)

CUSTODIA. Sí, sí...
(*Con sorna.*)

MONIQUITO. ... he estao el acecho...

CATALINA. ¿Y qué?

MONIQUITO. Que se han encontrao, Juan Pedro y don Generoso, delante de dos ocenas de multitú. ¡Qué escena más altisonante! Ochenta abrazos, cuarenta y dos besos, tres pisotones... que m' han dao a mí por

meterme enmedio... Y, de repente, don Generoso que se encara con tós y dice: «¡Aquí lo tenéis! ¡Es mi hijo!» Y al Bizco de la Colasa, que le pareció que se sonreía, le tiró la carabina a la cabeza y lo escalabró.

CARRACUCA. No hay que contrariarle ¿eh?

CUSTODIA. Es claro.

MONIQUITO. Y se estuvo llorando obra de media hora...

CARRACUCA. ¿El escalabrao?

MONIQUITO. ¡El mesmo don Generoso, que echaba unos cuajarones de lágrimas como catedrales!

CUSTODIA. (*Radiante*).
¡Digo!

MONIQUITO. Pero aquí viene lo tremendo, hermana Custodia... Sacó un pañuelo de hierbas, se secó el llanto con mucha prosopopeya... ¡y curao!

CATALINA. ¿Qué dices?

CARRACUCA. ¿Curao?

MONIQUITO. ¡Curao! Lo primero que le dijo a Juan Pedro fué lo siguiente; «¡Qué siento, como te legaré un nombre honrao, no dejarte un caudal, que he dilapidao en aventuras! Y, luego, ha mandao retirar los cartelicos de «Se vende» que tenía puestos hasta en la puerta de la sacristía, y que tós habían respetao, por lástima. Y por último, se ha encarao conmigo pa decirme: «¡Cuanto daría por encontrarme a Espartero pa convidarle a lo que más le guste!» Y por ahí anda del brazo de Juan Pedro, más feliz que un recién casao.

CUSTODIA. Y ahora ¿qué dices de esta tía curandera?

MONIQUITO. ¡Eh, cuidao! Que me se olvidaba lo mejor. Que hace cerca de un año que en cá don Generoso duerme a diario San Roque!

CARRACUCA. ¡Escucha! ¡Mialo por donde!
CATALINA. Es verdá...
(*Espectación*).
CUSTODIA. ¡En los ojos se le ve que es otro hombre!
MONIQUITO. Echarse a un lao, que no quiere plática más que con Juan Pedro. ¡Echarse a un lao!
(*Empujando a todos hacía la derecha*).
CUSTODIA. ¡Pa eso es su hijo!
CARRACUCA. ¡Reconchis! Da gusto de verles...
MONIQUITO. ¡Es lo grande del mundo!

(*Mutis de todos por la derecha. Por la izquierda, salen don Generoso, siguiéndole de cerca Juan Pedro, sombrero en mano.*)

D. GENER. Ven, hijo, no te separes,
que escuche tu aliento cerca,
que lleve tu espalda moza
la cruz de mi historia vieja.
Mis dos amores reviven
y, frente a frente, se encuentran,
el hijo de los ensueños
y el haz de la madre tierra.
Ven, hijo, mira a tu madre
y aprende a buscar en ella
sustento, brío, ternura,
virtud, amor y belleza.
(*Encarándose con el paisaje.*)
Castilla
la Nueva.
Llanura
reseca.
Terrones
y glebas.
Encinas
leñeras,
en lomas
escuetas,

—cabezos
apenas—,
con humos
de sierra.
Palomas
que vuelan,
cansinas,
sedientas.
La yunta
mulera,
que arrastra
la reja
y un mozo
sin pena,
que empuña
la esteva
y el páramo
alegra
con suaves
cadencias
de breves
endechas.
Agosto...
Pereza...
Silencio
que atruena...
Bochorno...
Soñera...
Jadeo
de siesta...
Zumbido
de abejas...
Cigarras
plebeyas,
que estriden
sin tregua...
Y hormigas
discretas
limpiando
las eras...

Molinos
de vela,
bajeles
en tierra,
fragatas
manchegas,
que bogan
esbeltas,
solemnes,
soberbias.
con vientos
que crean
y en mares
que inventan...
¡No era sólo el Caballero...!
¡También los molinos sueñan!

TELÓN RÁPIDO Y MUTACIÓN

CUADRO SEXTO

Patio principal de la casa de Amparo, o sea el mismo decorado del cuadro tercero, sin las mesas de las azafraneras. También es por la tarde. Hay sillas en abundancia alrededor del patio.

(Aparecen Sagrario y sus invitados y sirvientes sentados unos, de pie otros. Sagrario, a la derecha; y Juan Pedro, a la izquierda, junto a don Generoso, que, ajeno a la fiesta, lee un libro. En el centro del grupo del fondo, Miguel, Micael y Francisco. Custodia y Lorenza atienden a unos y otros, sirviéndoles mantecados en bandejas y vino en vasos. Cuatro parejas bailan jota en el centro. Tres o cuatro hombres rasguean guitarras.)

MUSICA

J. PEDRO. Bisturí, Bisturí,
se quería casar
y quería vivir
a la orilla del mar.
Y gastaba chaqueta,
pantalón y fusil.
Y por eso le llaman
Bisturí, Bisturí.

RECITADO

MICAEL. ¡Venga el cantar de la novia!
TODOS. ¡Eso! ¡Bien! ¡Venga!...

CANTADO

SAGRARIO. Manzanares, Manzanares
ya no es tierra de manzanos;
pero en mujeres bonitas
no hay quien le gane la mano.
Son esbeltas y bizarras,
son graciosas y arrogantes.
¡Pa gustarle al que me gusta,
quién fuera de Manzanares!

TODOS. A la Mancha, manchegos,
que haymucho vino,
mucho pan, mucha carne,
mucho tocino.
Y aunque veas un Sancho,
no te alborotes,
porque quedan hogaño
muchos Quijotes.

CUSTODIA. (*Hablado.*)
¡Y ahora... el del novio.

TODOS. ¡Venga! ¡Digo! ¡Ole!...
(*Etcétera, etcétera.*)

J. PEDRO. Quisiera ser tu pañuelo
y quisiera ser el aire;
lo primero, pa envolverte;
lo segundo, pa besarte.

TODOS. El cariño es avaro
como un judío
y por eso se dice:
¡Cariño mío!
Si me quieres, te quiero;
pero ya sabes,
que te encierro en un arca
con siete llaves.
«Bisturí, bisturí... etc.»
(*Vuelve el baile hasta el final del número.*)

HABLADO

MICAEL. Mu bien cantao y mu bien bailao. Y ahora me tomo licencia, como el más viejo de la casa, quitando a éste,

(Por Francisco.)

pa dar el parabién al nuevo amo, que presto lo será, si Dios quiere, y al ama Sagrario, que se despide de su soltería y al amo Miguel, que entre tós le buscaremos novia guapa, sin olvidar a don Generoso, que fué mi primer amo, y muchos años lo güelva a ser, como agüelo, y yo que lo vea.

D. GENER. Muchas gracias, Micael, por tus lisonjas, de las cuales no es la menor, el haber callado que soy más viejo que tú.

MICAEL. Hablo de los criaos, don Generoso.

SAGRARIO. ¡Gracias a Dios, que el abuelo

(Por don Generoso.)

dió tregua a su lectura!

D. GENER. Cada cual se regocija a su modo... Yo, releyendo mi viejo breviario y tú, bullendo de grupo en grupo, cantando jotas castellanas y comunicando a todos tu alegría por los hilos de luz de tus ojos.

SAGRARIO. No puedo negar que casi lloro de contenta. Y no lo disimulo, como Juan Pedro, que parece preocupado y triste...

D. GENER. Parecer no es estar... La alegría es señora de tanto respeto que también se la reverencia callando.

CUSTODIA. Y ¿qué oraciones lee don Generoso en su breviario viejo?

D. GENER. Prosa de Cervantes, en la vida gloriosa del más discreto hidalgo de la Mancha.

(Entra Moniquito por la izquierda.)

SAGRARIO. ¡Vamos, hombre! Creí que no venías...

CUSTODIA. Y, de venir, no vengas mohino.

MONIQUITO. Calle usté, mi ama. Yo no soy ya sombra de mi cuerpo... Desde que me se casó la Catalina...
(*Gimoteando.*)

CUSTODIA. ¡Jinojo, que propensión tenéis los hombres pa llorar!

MONIQUITO. Esto se lo debo yo a Carracuca, que me ha quitao la novia y me ha dejao, en cambio, esta facilidá p'al lagrimeo. Güeno ¿y qué? ¿De reconocimiento? ¿Cuándo es la boda? ¿Se han cogío muchas uvas? ¿Se pué ver la cama?...

CUSTODIA. ¡Só, Poderoso! ¡Miá que vienes incongruente!

MIGUEL. Se puede ver la cama y todo el ajuar de la novia.

MONIQUITO. Pues ¡amos a verlo! Que en el pueblo há más de un mes que no sabemos que creticar.

SAGRARIO. ¡Qué Moniquito!

MONIQUITO. Ya sé yo que el ajuar del ama no lo llevó doña Isabel segunda; pero..,

SAGRARIO. Pasar conmigo. Yo, del brazo del abuelo.

D. GENER. ¡Dios te bendiga!

SAGRARIO. Y con permiso del ingenioso hidalgo.

(*Van entrando todos por las dos puertas de la derecha.*)

MONIQUITO.
¡Lo que va de ayer a hoy!
—le decía Paco a Pocho.—
¡Miá que ayer ser decisiete
y estar hoy a deciocho...!

(*Mutis de todos, menos Juan Pedro.*)

MUSICA

J. PEDRO.
Tengo una angustia de muerte,
siento un afán interior

que de vergüenza me muero
como si fuera un ladrón.
Aunque me cueste la vida,
le he de decir la verdá,
porque el amor de mi pecho
no puede ser desleal.

(*Aparece Sagrario en la primera de la derecha y se acerca a Juan Pedro que está sentado y caviloso.*)

SAGRARIO. ¡Qué tienes, amor mío!
¡Cariño, qué te pasa!
Ven a que yo te alivie
las penas de tu alma.

J. PEDRO. (*De pie, respetuoso y grave.*)
La pena que yo tengo
no es nube de verano.
Perdona que me calle...
y olvídame, Sagrario.

SAGRARIO. Si quieres que te olvide,
me obligas a morir.

J. PEDRO. Escúchame, Sagrario..

SAGRARIO. Escúchame tú a mí.
Lo que tú quieres decirme,
ya me lo sé de memoria;
que tu prosapia de hidalgo
es fingida y engañosa.

J. PEDRO. ¡No me maldice tu orgullo
si dejo de ser lo que era!

SAGRARIO. Es que a mi orgullo le basta
que los demás se lo crean.

J. PEDRO. ¡Manchega! Tu cariño
me da la vida.

LOS DOS ¡Te quiero!

J. PEDRO. Cariño, tan callado
como seguro..,

LOS DOS. ¡Tan bueno!
Tus labios siempre callen

lo que nosotros
sabemos.
¡Qué hermosa la alegría
de compartir
el secreto!
Ven a mis brazos,
que muy cerquita
quiero mirarte...
¡Y nada nos importe
de nadie!

HABLADO

SAGRARIO. Así me gusta oírte... Y que entre los dos no haya desde ahora más que confianza y lealtá...

J. PEDRO. Pero ¿y don Generoso, ese santo varón que no es mi padre...?

SAGRARIO. Su voluntá y las leyes te lo han dao... Ven, hombre de conciencia, mírame... (*Cogiéndose las manos.*)

J. PEDRO. ¡Calla...!

(*Sale don Generoso por la derecha con su libro en la mano, cerrado.*)

D. GENER. «La infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener en gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa.»

SAGRARIO. Salvo que aquí la infanta no es más que una rústica que, por muchas talegas que encierre, no podría esclarecer sus blasones, como se aparta el trigo aechando granzas.

J. PEDRO. (*Suplicante.*) ¡Sagrario...!

D. GENER. A eso también responde don Alonso:

«Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo; unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho... y otros tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores...»

(*Apartándose á la izquierda.*)

Bueno está lo bueno hija mía.

SAGRARIO. (*A Juan Pedro.*)

Y ¿quieres tú volverle a su locura?

J. PEDRO. También con él me callo y..... viva feliz.

(*Empiezan a salir por la derecha todos los personajes de las escenas anteriores. Por la izquierda, viene Catalina con dos chicos de la mano.*)

CATALINA. ¡Viva la novia, digo yo también!

SAGRARIO. Ya pensé que estabas sentía.

CATALINA. ¿Qué voy a estar sentía?

CUSTODIA. Y ¿qué tal te prueba el matrimonio?

CATALINA. Ni mejor. Al principio no congeniábamos. Pero ya le he cogío el aire a mi marido y... ¡ni más felices! ¡Miálo usté por donde llega!

CARRACUCA. (*Por la izquierda. Dentro, estentóreo y jocundo.*)

¡Que güenas tardes...!

(*Sale de la mano de otro chico, con la cabeza vendada y con un brazo en cabestrillo.*)

CUSTODIA. ¡Graá...cias a Dios!

CARRACUCA. Yo, tan güeno. ¿Y ustés?

(*Gran algazara.*)

TELÓN RÁPIDO

NOTAS PARA LOS DIRECTORES DE ESCENA

El número «de las escaleras», final del cuadro segundo, se pondrá en escena de la manera siguiente:

Salen los cinco actores por el orden indicado en la acotación, avanzando con dos pasos adelante y uno atrás. Los que llevan escaleras las cargan sobre el hombro derecho en sentido vertical.

Terminada la primera estrofa, los de las escaleras las apoyan en el suelo, a su derecha, sujetándolas con la mano derecha y poniendo el pie derecho en el segundo peldaño. Los que sólo llevan manta se colocan entre los otros tres, con la rodilla derecha en tierra, simulando tocar la guitarra sobre la manta. En esta forma cantan la segunda estrofa:

«Si me *alviertes* al pedirte... etc.»

Con el motivo siguiente: «Ay, ay, ay... etc.», evolucionan en fila hasta colocarse en el sentido contrario al de salida.

Para el siguiente motivo: «Cuando llegue arri—... etc.», se destaca Moniquito,—siempre con la escalera al hombro—, y, después de cada verso, da un paseo hacia el lado contrario del que ocupa, recorriendo la línea de la batería.

Entretanto, al final de cada verso, los otros cuatro evolucionan del modo siguiente:

Primer verso.—Se cruzan los dos extremos con los dos centros, cada uno con el que tiene al lado.

Segundo verso —Deshacen lo anterior.

Tercer verso.—Se cruzan entre sí los centros, mientras los extremos giran sobre sí mismos.

Cuarto verso.—Se cruzan los dos extremos con los dos medios, cada uno con el que tiene al lado, quedando en el centro los que llevan escalera y en los extremos los que llevan manta.

Al repetir los cuatro el mismo tema: «Quiere darte un be—,...», al final de cada verso, harán lo que sigue:

Primer verso.—Avanzar a la batería.

Segundo verso.—Irse dos hacia la derecha y dos hacia la izquierda.

Tercer verso.—Cruzarse los dos de un lado con los del otro y, durante el cuarto verso, ir a buscar la colocación para la siguiente estrofa:

Mientras, Moniquito se ha ido atrás y, en el centro, gira sobre sí mismo, con la escalera al hombro.

Moniquito planta la escalera delante de sí, la sujetan los dos de la manta y él se sube todo lo que pueda, para cantar la copla: «Aquí estoy porque he *subío*... etc».

La escalera se sujeta con gran facilidad afianzando el pie a un lado de la base del larguero, apoyando la rodilla al otro lado del mismo larguero y tomando éste por la parte media con la mano del mismo lado.

Los otros dos actores que llevan escalera se colocan, entre tanto, a derecha e izquierda del grupo que forman aquellos tres primeros.

Durante el motivo que sigue: «Ay, ay, ay... etc.», baja Moniquito de la escalera y, sin ella, avanza solo a la batería. Los otros cuatro se quedan con las tres escaleras en segundo término, sosteniéndolas verticalmente, apoyadas en el suelo y, claro es, con la siguiente colocación: Actor; escalera; actor; escalera; actor; escalera; actor.

En la estrofa siguiente: «Pero si me enga—, etc.», al final de cada verso, Moniquito cruza la línea de la batería, pri-

mero, de izquierda a derecha; luego, al revés, con los brazos extendidos y marcando la dirección que tomarán las escaleras en los movimientos que hacen sus compañeros entretanto y que son a saber:

Al final del primer verso, avanzan la pierna derecha, en un paso largo, por delante de la escalera inmediata, y deshacen. Al final del segundo, hacen lo mismo con la pierna izquierda y deshacen también. Repiten el juego en los dos versos siguientes. Es muy importante para que resulte perfecto que los cuatro tengan las manos que sujetan las escaleras a la misma altura.

Al repetir el mimo motivo: «*Apañao* se que—,... etc.» Moniquito se va atrás y los cuatro, conforme tienen las escaleras cogidas, avanzan al final del primer verso; retroceden después del segundo; giran cada escalera hacia la derecha, sin perder la verticalidad, al final del tercero y, durante el cuarto, toman la colocación para el mutis.

Para el motivo final, que es el mismo de salida, tumban las escaleras. El primero, lleva agarrada su escalera por el extremo delantero, colocándola a su derecha; el segundo, coge con la mano derecha el extremo trasero de aquélla y, con la mano izquierda, el extremo delantero de la de Moniquito, el cual la llevará cogida, por el centro, con la mano izquierda; el tercero, coge con la mano izquierda el extremo trasero de la segunda escalera y, con la mano derecha, el delantero de la tercera, la cual coge también el cuarto actor, con su mano derecha, por el extremo trasero. Todos, con los brazos caídos, los mueven acompasadamente hacia delante y, hacia detrás, alternados. Y en esta forma hacen el mutis por la derecha.



El número de las espigadoras comienza con una estrofa interna que se repite mientras por derecha e izquierda salen las chicas desordenadamente y recogiendo espigas del suelo.

Cuando ataca, en la orquesta sola, el tema de la canción,

se sientan en el suelo en dos filas, (Catalina en el centro de la primera fila) con el haz, en el suelo, detrás.

Cada estrofita de cuatro versos tiene un movimiento distinto, a saber:

1.° Los brazos en jarras y quietas.

2.° Movimiento de brazos a derecha e izquierda, teniéndolos en jarras todavía.

3.° Mientras dicen: «Esta mañana muy tempranico», abrir los brazos y volverlos a la posición en jarras.

4.° Con los brazos en jarras, quietos, movimiento de cabezas a derecha e izquierda, en sentido horizontal.

5.° Extender el brazo derecho, marcar con los dedos la acción de robar y resolver apoyando el codo derecho en la rodilla y la barbilla en dos dedos de la misma mano. El brazo izquierdo sigue en jarras.

6.° En la posición en que quedaron al resolver el anterior, ligero movimiento de cabezas a derecha e izquierda.

7.° Con los brazos casi en alto, movimiento acompasado de los mismos a derecha e izquierda.

8.° Solo de orquesta. Ponerse con la rodilla izquierda en tierra y el haz delante.

9.° En la posición indicada, el antebrazo derecho, cruzado por su mitad sobre la rodilla, cogiéndose la mano con la izquierda.

10. Al decir la tiple «cua*dri*lla», poner la mano izquierda sobre la rodilla derecha, apoyar el codo derecho en la mano izquierda y la cara en los dos dedos de la mano derecha.

11. En dicha posición, marcar el movimiento sexto hasta decir la tiple el verso «que siega y que trilla.»

12. Mientras dicen: «La espigadora con su gavilla», alzar los brazos y resolver en jarras.

13. Inmediatamente, las dos manos a los bordes del sombrero y movimiento de cabezas a derecha e izquierda.

14. Mientras dicen la estrofita: «Y se engalanan... etcétera», cuatro movimientos: alzar los brazos, traer las

manos a los hombros, extender los brazos abiertos y resolver en jarras.

15. En seguida, se ponen de pie para decir la estrofa: «Ay, ay, ay... etc.», empezando con los brazos en alto y marcando con ellos la frase «levantarse y volverse a agachar.»

16. Otra vez rodilla en tierra, con los brazos en jarras, mueven éstos de derecha a izquierda como en el movimiento segundo, mientras dice la tiple su estrofa: «Ay, ay, ay.. etcétera.»

---

17. Mientras canta el coro dentro los dos primeros versos, hacen cuatro movimientos. 1.° Ligera sorpresa. 2.° Escuchar con la mano derecha en el oído. 3.° Recoger el haz. 4.° Ponerse de pie.

18. Durante los versos tercero y cuarto del coro, dan cuatro pasos hacia atrás atacando con el pie derecho.

19. Cantando su última estrofa, las chicas y la tiple hacen mutis por la derecha, en dos filas, el haz cogido con las dos manos—como abrazándolo—, cara al público y con pasos cortos, adelantando el pie izquierdo y cruzándolo por delante del derecho.



OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

La canción del olvido. zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de José Serrano (6.ª edición)

La sonata de Grieg, balada noruega en tres cuadros, música de Edvard Grieg.

Los fanfarrones, farsa lírica en un acto, música de Eduardo Granados.

Las delicias de Capua, zarzuela cómica en un acto, música de Ernesto Rosillo.

La serranilla, balada lírica en un acto, música de Ernesto Rosillo.

La rubia del Far West, opereta en un acto, libro de Federico Romero y Luis Germán y música de Ernesto Rosillo.

La princesa Olalá, opereta en tres actos, traducida del alemán libro original de Rudolf Bernauer y Rudolph Schanzer y música de Jean Gilbert.

Doña Francisquita, comedia lírica en tres actos, el tercero dividido en dos cuadros, música de Amadeo Vives (3.ª edición).

El dictador, zarzuela en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, música de Rafael Millán.

La sombra del Pilar, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, música de Jacinto Guerrero.

Blancaflor, farsa lírica en tres actos, música de Juan Antonio Martínez,

El caserío, comedia lírica en tres actos, música de Jesús Guridi

La villana, zarzuela en tres actos, basada en la tragicomedia de Lope de Vega, «Peribánez y el Comendador de Ocaña», música de Amadeo Vives.

Las alondras, comedia lírica en dos actos, música de Jacinto Guerrero.

La Morería, zarzuela en tres actos, traducción y adaptación lírica de la obra «A Severa», de Julio Dantas, música de Rafael Millán.

Los flamencos, sainete lírico en dos actos, música de Amadeo Vives.

La Meiga, zarzuela en tres actos, música de Jesús Guridi.

La Rosa del Azafrán, zarzuela en dos actos y seis cuadros, inspirada en una obra clásica, música de Jacinto Guerrero.

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CAÑOS, 3 Y FERRAZ, 25
MADRID

PRECIO: 3 PESETAS.